

disimulo, y tiene un gran dominio sobre sí mismo; él ha querido confiaros, y os ha confiado; ha temido que si os alarmaba no le fuese posible averiguar el lugar donde me tuviéseis oculta; una palabra, don Luis: ¿cómo es que habeis estado en mi aposento, habeis salido tras mí y yo no os he sentido? Vos debisteis acercaros á mí silenciosamente y colocaros á mi espalda; escribia; ¿habeis leído lo que yo escribia?

—No, vos cerrábais la carta en el momento en que yo miraba sobre vuestro hombro; luego os levantásteis, yo no podia apoderarme de aquella carta: esto hubiera sido demasiado.

—Mi carta os hubiera revelado algo por su contenido; era el siguiente:

«Haga lo que quiera de mí Dios, yo no permaneceré más tiempo en tu poder, Armagnac; yo confío en... Dios me protegerá.»

—¿Cómo, cómo entonces pueden creer la princesa y Armagnac que vos habeis huido con un amante?

—Mi carta podia muy bien haber sido un medio para extraviar su juicio: una carta tal nada prueba; además, aunque yo no lo dijese en ella, podia muy bien haber contado para que protegiese mi fuga con un hombre... ¡Ah! ¡Yo estoy deshonorada; antes tenia á lo ménos el derecho de que me respetasen! ahora me despreciarán, porque una mujer tal como yo, una mujer que viene de donde yo vengo, puede matarse desesperada; pero no puede, no debe deshonorarse.

—¡Ah, Margarita! ¿Por qué no me decís quién sois?

—Veamos vuestra historia, veamos si podeis disculparos, veamos si á pesar de todo puedo yo perdonaros; confiar en vos, si eso es posible, yo seré para con vos completamente franca, yo os lo revelaré todo, á pesar de todo; pero seguid, ¿cómo habeis llegado á hablar con Armagnac?

—Armagnac habia comprendido que en el aposento de la princesa habia un hombre.

—¡Ah! ¡sí, y como la domina, como la princesa puede llamarse su esclava, se lo ha confesado todo, os ha presentado á él; y ese miserable, que encuentra buenos todos los medios para llegar á su objeto, no ha tenido inconveniente en adaptarse, en tolerar, tal vez en justificar la ignominia de la princesa. ¿Y decís que ese hombre no ha comprendido que vos sois la persona con quien yo me he fugado? Pues qué, él que repara en todo, ¿no repararia en que vos estábais sin espuelas?

—Por lo mismo que ya tenia espuelas, Armagnac no ha podido sospechar que yo fuese la persona con quien vos habíais huido.

—¿Que teníais espuelas, don Luis! ¿Y cómo?

—En el momento que yo supe que mis espuelas habian sido encontradas por Armagnac, suponiendo, como sucedió, que éste obligaria á la princesa á que me presentase á él, temeroso de que la falta de las espuelas me denunciase, me alejé silenciosamente de la puerta tras la cual escuchaba, y ayudado por el

conocimiento que tengo de este palacio, bajé rápidamente aquí, pedí á mi teniente coronel marqués de Dos Puentes sus espuelas, volví, y llegué al dormitorio de la princesa á tiempo que ésta me buscaba para presentarme á Armagnac.

—Ha quedado algo atrás que no me habeis explicado, don Luis; si no amábais á la princesa, si no érais ya su amante, ¿cómo os ha encontrado Armagnac en su cuarto? ¿Cómo habeis llegado á él? Explicadme esto, no me engañeis.

El conde refirió á Margarita lo que ya conocen nuestros lectores.

Como habiendo excitado su curiosidad y la del marqués de Dos Puentes la orden de retirar los centinelas del postigo de los jardines, yendo á observar para descubrir la causa de aquello, se habia encontrado con la princesa de Astúrias, que le habia mandado la siguiese, y que le condujo á su cuarto.

Al llegar á este punto, el conde se detuvo irresoluto.

—Decid, decid la verdad entera; pero ya lo creo, llegais al momento en que vuestra disculpa es imposible. Os encontrábais entre dos mujeres, junto á las cuales os habian llevado vuestras extrañas aventuras de anoche, y obligado á elegir, os habeis decidido por la que halagaba vuestra vanidad y vuestra ambicion, por la señora princesa de Astúrias, ó tal vez, lo que seria de todo punto imperdonable, os propusisteis engañarnos á los dos.

—¡Ah! Vos no sabeis,—exclamó alentando ape-

nas el conde,—vos no sabeis á qué género de fascinacion he sucumbido... Si yo os pudiera referir... ¡Ah, la princesa!

—Sí, sí, callad; lo comprendo todo: os ha fascinado, os ha enloquecido, se ha olvidado de todo miramiento, y ha hecho que vos os olvidéis de todo. La conozco demasiado. ¡Ah! Esa mujer, sí, esa mujer, porque aun cuando por su edad es una niña, puesto que aún no ha cumplido catorce años, en lo físico y en lo moral está completamente desarrollada, es lo que debe ser; se ha avanzado á su edad, y por las apariencias se la atribuirian diez y ocho años; es extraordinariamente precoz, piensa ya con la seriedad de la edad madura, y siente las pasiones de la mujer; pero exageradas, terribles. No es hermosa; pero en ella suple con ventaja el grande atractivo á la hermosura. ¿Y cómo digo que no es hermosa? ¿Habeis visto nada comparable á su garganta, á sus hombros, á su seno, y singularmente á sus brazos? ¡Oh! ¡Los brazos de Maria Luisa!... Fidias los hubiera envidiado para la más hermosa de sus Vénus. Ellos solos bastarian para enloquecer al ménos dispuesto á ser impresionado por los encantos de una mujer. ¡Oh! Debeis adorarla, conde, y esta es vuestra disculpa. Maria Luisa, insinuante, persuasiva, ardiente, voluptuosa, es irresistible. Sí, sí; yo os perdono, yo no puedo culparos. Dejadme, dejadme en paz, si es posible que yo tenga ya paz sobre la tierra; yo contaba con la proteccion de la princesa; pero ya no puedo contar con ella. No, no; yo no volveré á ver, yo no vol-

veré á hablar á esa mujer. Yo pretendia que ella me salvase de él primero, luego del desdichado amor que me habeis inspirado; pero vos tendreis, á lo ménos para mí, un resto de generosidad; vos sois poderoso por vuestra cuna, por la posicion que ocupais en la córte, y vuestro poder ha crecido con el favor de la princesa. Sacadme de aquí secretamente; buscadme un buen asilo, un refugio seguro en algun convento. Apartada de la córte, haced que no puedan encontrarse mis huellas, y olvidaos de mí. Sed feliz, si es que pueden haceros feliz la vanidad y la ambicion satisfechas por medio de la traicion y el adulterio.

Y Margarita, que habia luchado poderosamente consigo misma, no pudo contenerse más, y rompió á llorar de una manera histérica, terrible, excesivamente conmovedora.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó el conde.—¡Gracias! ¡yo no esperaba ser tan feliz!

Y apartó de sobre el semblante de Margarita sus manos, y las retuvo.

Margarita le miró de una manera inmensa.

Sus lágrimas cesaron de correr.

—¡Ah! ¡Que no sea este un último y traidor engaño!—exclamó.—No me digais que este amor invencible, que este amor que no comprendo y que me asesina, os hace el más feliz de los hombres, porque eso es decirme: yo desprecio por tí á María Luisa, yo renunciaré á María Luisa, porque tú no sufras, porque tú no llores, porque tú no te desesperes, porque

tú no te vuelvas loca. ¡Ah! Yo no puedo volverme ya más loca de lo que lo estoy. Mi soberbias mis celos os han ayudado, don Luis, si es que yo soy vuestra felicidad. ¡Oh! Dios mio, ¡qué grande y qué hermoso es el amor! ¡Y qué triste y qué doloroso á la par cuando es tan desventurado como este pobre amor mio! Oid, don Luis: no me engaños; decidme lo que vuestra alma tiene para mí, decídmelo sin temor; yo no puedo sufrir ya más de lo que sufro. Hablad, hablad. ¡Si me parece, Dios mio, que vos habeis nacido para mí y yo para vos, y que nos amamos durante toda nuestra vida, aun más allá de ella, antes de nacer!

—Yo no amo, no puedo amar á otra que á vos. La princesa ha sido para mí una fascinacion, un momento de olvido; la princesa para mí no existe, para mí no existe nada sobre la tierra más que vos. Dejadme, dejadme que ponga vuestra mano sobre mi corazon; ved cómo late, Margarita: late por vos, nada más que por vos: ¡ah! Vos para mí sois más que una mujer, más que un ángel, más que una diosa: sois lo infinito; vuestra hermosura y vuestra alma, unidas, juntas, resplandecientes, inefables, absorben mi alma, deleitan mis sentidos, se apoderan de todo mi sér, me hacen vuestro, completamente vuestro; en mí no existe nada que no esté en vos. ¡Ah! Yo he nacido en una hora de bendicion. Adan no pudo amar más cuando al despertar vió de repente junto á sí á Eva en el Paraíso. ¡Ah! Yo os adoro: vos sois para mí mi vida, mi alma, mi honor, mi ilusion, mi fe, mi

Dios. No, no dudais de mí, Margarita: lo estoy leyendo en vuestros ojos, ellos ven mi alma entera en los míos. Sonreis, y vuestra sonrisa es la sonrisa de los bienaventurados. ¡Oh! Alma mía, fuego de mi vida, mi gloria; ¿por qué pensar en nada? ¿qué importa todo, si nos amamos de una tal manera? Venga la muerte en buen hora, suceda lo que quiera: haber gozado un momento este amor, es haber vivido una eternidad de delicias.

—¡Ah!—exclamó Margarita.—Yo siento lo que tú sientes, yo te amo como tú me amas. ¿Qué importa todo lo demás? Dices bien, Luis mio: tu Margarita no tiene ya celos, no los puede tener. Margarita sabe, cree lo que tú le has dicho: que ella lo es para tí todo, todo: tu vida y tu eternidad, tu honor y tu religion, tu Dios. Tú lo eres tambien para mí; yo, como tú, bendigo la hora en que he nacido, porque he nacido para encontrarte, para amarte... ¡Ah! pero yo necesito ir allí, donde debo ir, porque vengo de muy alto... ¡Ah! Yo estoy loca... de muy alto, y soy la desdichada hija del misterio, del adulterio, de la infamia; pero en mis venas corre la soberbia sangre de Luis XIV.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó el conde.

—Sí, mi madre ha nacido en este palacio, y tal vez esa comunicacion secreta... (y señaló el espejo colocado sobre la consola). Sí, yo soy nieta de Luisa de Orleans, esposa del rey Luis I de Borbon.

En aquel momento, cuando el conde se ponía instintivamente de pié, dominado por la situación, se

oyeron tres golpes contenidos á la puerta del gabinete, y luego una voz meliflua, servicial: la voz de Cascajares, que decia:

—La órden, excelentísimo señor, la órden. No olvide vucencia que son las tres ménos cuarto muy corrido.

—Gracias, gracias, señor Cascajares,—dijo de muy mal humor el conde; pero conteniéndose para no dar lugar á falsas suposiciones:—retiraos.

—Beso los piés y las manos á vucencias,—dijo Cascajares.—¿Ha de venir Eduvigis?

—No,—dijo el conde.

—Repito, excelentísimos señores, y me retiro,—dijo Cascajares.

—¡La órden, la órden!—exclamó Margarita.—¿Vas á verla, Luis mio?... Y bien, sí, sí... engaña-la, sedúcela, confíala... ¿qué importa? Es necesario que rompamos el círculo de hierro que nos encierra, y para ello arrostrar por todos los sacrificios. ¡Oh! ¡si! yo soy ambiciosa, me arrastra mi sangre! pero no tengas celos de mi ambicion: ella está muy por bajo de mi amor. ¡Ah! Yo la sacrificaría si fuese necesario; pero no lo es. Paciencia y astucia, Luis, y llegaremos á ser los verdaderos reyes de la noble España. Ve, ve, yo espero tranquila pensando en tí.

Don Luis estrechó entre sus brazos á Margarita, se separó de ella haciéndose una terrible violencia, se fué á la puerta, la abrió, salió, la cerró con llave, y se puso la llave en el bolsillo.

Luego se encaminó á la cámara de la princesa.

Capítulo IX.

En que empiezan, á lo que parece, á dar resultados las perdidas espuelas del conde de la Salmedina.

Cascajares se habia descuidado un tanto.

Las tres ménos cuarto algo corridas, segun él habia dicho: eran las tres ménos cinco minutos.

En el momento en que llegaba el conde, los relojes de la cámara daban casi á un mismo tiempo las tres.

Contra la costumbre de los Borbones, que hacen esperar eternidades á los que tienen necesidad de verlos, la princesa recibió inmediatamente al conde.

María Luisa estaba encantadora.

Vestia un traje azul celeste, y tenia, á pesar de la estacion, completamente desnudos los hombros, el seno y los brazos, como quien sabia que tanto valia.

El conde se observó á sí mismo, y vió con placer en nombre de su Margarita, que no le conmovian aquellas encantadoras desnudeces, ni más ni ménos que si se hubiera tratado de una estatua, y no de una ardiente y espiritual princesa enamorada de él hasta la locura.

Sin embargo, recordó el consejo de Margarita: engaña-la, sedúcela; la necesitamos; y avanzó, rodeó con un brazo la espalda de María Luisa, y la besó de una manera suspirante.

—Te amo,—dijo la princesa entre aquel beso.— ¡Oh, qué fastidioso es ser rey! No puedes permanecer aquí más que algunos segundos. Esta canalla palaciega es excesivamente suspicaz. De seguro se murmura ya de mi exactitud para recibirte. ¡Ah! Es que me parece que ha pasado una eternidad desde que te separaste de mí. ¡Maldita etiqueta! Pero concluyamos: es necesario evitar murmuraciones; la órden general la de siempre; el santo, Santiago; la seña, secreto; la contraseña, solicitud. Esta noche no se retirarán los centinelas del postigo. Por otra parte, el señor marqués de Letour está harto ocupado en la busca de una prenda que se le ha perdido. Pero vete, conde, vete; nos excedemos: hasta la hora de la comida, en que será tambien necesario disimular. ¡Qué terrible destino el nuestro! ¡Siempre contrariedades!... Pero, adios, adios.

Y la princesa se arrojó entre los brazos del conde, cambió con él un segundo beso, y pronunció un nuevo ¡yo te amo!

Después empujó hácia la puerta al conde, que fingia hacerse el reacio.

Don Luis salió ébrio de alegría.

Pero de una alegría íntima.

Sin embargo, habia algo de radiante en su rostro, que no dejó de ser reparado por los de servicio y por algunas y algunos grandes que esperaban á que la princesa los recibiese en audiencia.

Dón Luis dió indistintamente algunos apretones de manos, y escapó contentísimo.

Su Margarita apenas habia tenido que esperar algunos minutos.

Pero cuando entró en su cámara de guardia se detuvo, y sintió un despecho indescribible.

Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, se paseaba en la cámara, y llegaba junto á la puerta cuando entró el conde.

—¡Ah! No os esperaba tan pronto,—dijo el marqués;—yo creía que se cuidaria más de evitar suposiciones, que se os haria esperar á lo ménos una hora, como á todos los jefes de parada. Será necesario advertirla, evitar que se repitan situaciones como las que hicieron que el rey don Luis I encerrase á la reina doña Luisa su mujer; esto nos contrariaria demasiado. Afortunadamente, os habeis separado muy pronto. ¿Y sabeis que hace frio, señor conde?

Y el príncipe fué á sentarse junto á la chimenea.

—¿Y á qué debo el placer de veros?—dijo en voz bastante alta el conde para que pudiera oírle Margarita, y encubriendo perfectamente su ansiedad.

—Ha sobrevenido un acontecimiento grave, en que vos teneis parte, conde,—dijo el príncipe.

—¡Un acontecimiento grave en que yo tengo parte, marqués!—dijo el conde, ocultando de una manera perfecta la ansiedad que le habian causado aquellas palabras, porque temió que aquel hombre, cuyo misterioso poder era inmenso, hubiese descubierto que él era el que habia salvado á Margarita.

—Sí, un acontecimiento muy grave, por el cual me he visto obligado á abandonar mis propios asuntos, porque, ante todo, nosotros, conde, no nos pertenecemos; hemos abdicado de nuestra voluntad, nos hemos ligado con solemnes juramentos, y hemos aceptado esa obediencia absoluta que está representada en esta frase: *in manus meas eris sicut cadavera*.

—Y bien, marqués,—dijo el conde, tranquilo ya, porque veía que no se trataba de Margarita, y que el príncipe ni aun sospechaba que ella estuviese en su poder:—¿de qué se trata?

—Vos teneis ajustado un duelo con el marqués de Arosa.

—Sí, un duelo necesario: el marqués de Arosa ha tenido la avilantez...

—Ya lo sé, de decir por todas partes que la princesa de Asturias era vuestra querida.

—¡Una calumnia!

—No, una obediencia.

—¡Cómo!—exclamó el conde.

—Sí,—dijo el marqués de Letour;—cuando anoche me hablásteis de un duelo, yo no estaba en ante-

cedentes; pero esta mañana se me ha llamado y se me ha dicho:

—Hay un duelo convenido entre el conde de la Salmedina y el marqués de Arosa; conviene que sepais que, tanto el marqués de Arosa como el conde de la Salmedina, á quien recibísteis anoche en nuestra sociedad, pertenecen á ella.

—¡Cómo! ¿Pues qué,—exclamó el conde,—vos no conoceis á todos nuestros compañeros?

—¡Ah, no! nadie entre nosotros sabe cuántos somos, ni quiénes; la palabra de orden sale de un centro que nadie conoce, y llega á quien ha de obedecerla, pasando por un intrincado laberinto. Así estamos seguros de traiciones: podrá ser destruido un pequeño grupo de nuestra asociacion; pero nunca la asociacion entera. Yó ignoraba que el marqués de Arosa nos perteneciese, y sólo por necesidad se me ha hecho conocer esto.

—¿Y decís que el marqués de Arosa ha obedecido al calumniarnos á la princesa y á mí?

—Indudablemente.

—¿Y qué objeto ha podido tener esa calumnia?

—Para dominar á los reyes, no hay nada mejor que desprestigiarlos. La quisquillosa y severa España será capaz de perdonarlo todo á un rey, ménos el sufrir á una mujer liviana; esta es la tierra clásica que comprende perfectamente el portugués don Lope de Almeida, de la comedia *A Secreto agravio secreta venganza*. Calderon sentia como sienten los españoles, amaba como ellos aman, aborrecia como ellos

aborrecen; representaba y hacia palpitar en la escena el celoso honor que mata y que borra con el fuego las huellas, las señales de la venganza. Haced creer al pueblo español que una reina es liviana, y habreis dado al traste con ella y con su marido. Nosotros necesitamos tener al rey en nuestra mano. Os he dicho más que lo que debia deciros, porque me sois simpático y me inspirais una absoluta confianza. Os conozco desde hace mucho tiempo, mejor dicho, desde hace mucho tiempo os conocemos y pensábamos en vos; os necesitábamos nuestro, como necesitamos todo lo grande, todo lo ilustre, todo lo inteligente. Una casualidad os ha traído á nosotros: habeis aceptado, habeis jurado, habeis abdicado vuestra voluntad, os habeis sometido á una obediencia ciega, y yo no tenia necesidad alguna de deciros más que estas palabras: obedeced, y peor para vos si os atreviais á una rebeldía.

—¿Y qué se me manda?—dijo el conde.

—No os batireis con el marqués de Arosa; mejor dicho, os batireis á primera sangre, que es lo mismo que no batiros; tenedlo en cuenta; vos sois una espada infinitamente superior al marqués de Arosa, y de tal manera, que vuestro duelo, severamente considerado, habria que calificarle como asesinato. El marqués de Arosa ha obedecido por su parte: no se obstinará en que el duelo continúe cuando intervengan, como necesariamente deben intervenir, los padrinos: vos no os obstinareis tampoco, y el asunto quedará terminado, aumentando más el escándalo.

—Obedezco,—contestó al parecer impasible el conde, que empezó á comprender las graves consecuencias de la abdicacion de la voluntad.

—Ya os he advertido acerca de esto, y voy á advertiros, ó más bien, á haceros conocer otra orden. Haced todo lo posible por aparecer ante las gentes como el favorito de la princesa.

—Obedezco,—dijo el conde, pensando en Margarita.

Ella le habia dicho: soy ambiciosa; mi sangre me impulsa; quiero llegar á mi ambicion; sacrificuémoslo todo ménos nuestro amor.

—Da permiso vucencia,—dijo la voz dulce, servicialísima y perfectamente cortesana de Cascajares á la puerta.

—¡Ah! ¡si!—dijo el príncipe;—recibid esa orden que os traen.

—Una orden de su alteza, excelentísimo señor,—dijo Cascajares,—comunicada por la camarera mayor.

El conde tomó el pliego.

—Beso las manos á vucencia,—dijo:—esté vucencia tranquilo.

Esta frase, que para el conde queria decir:—Eduvigis bajará por la excelentísima señora doña Margarita,—llamó la atencion de Armagnac.

Pero muy pronto la consideró como una impertinencia de Cascajares, y la olvidó.

El conde habia leído rutilante lo siguiente:

«Excelentísimo señor conde de la Salmedina:

»Su alteza me previene diga á vucencia, que ha-

biendo determinado comer hoy en la Ermita del Bosque, es su voluntad que vucencia, como jefe de parada, la acompañe al estribo izquierdo.—Lo que de orden de su alteza tengo el honor de comunicar á vucencia.—Beso á vucencia las manos.—La camarera mayor de su alteza.»

—Decid que bien, que enterado,—dijo el conde á Cascajares;—pero la señora camarera mayor se ha olvidado, no sólo de poner la fecha, sino también de decirme la hora en que he de acompañar á su alteza.

—Esto, excelentísimo señor,—dijo Cascajares,—es, á lo que yo creo, más que la comunicacion de una orden, un aviso confidencial: la señora camarera mayor está muy afanada, pero ya oye vucencia: las carrozas pasan por el patio para ir á colocarse al pié de las escaleras.

—¡Ah! En ese caso, perdonadme, amigo mio,—dijo el conde, dirigiéndose al marqués de Letour.—Su alteza puede ser tan exacta para partir como lo ha sido para la orden: no tengo tiempo que perder.

—Nos veremos en la ermita,—dijo el príncipe.

—Pues hasta la vista, amigo mio, hasta la vista,—dijo el conde.

Y acompañó hasta la puerta al príncipe.

Este montó en un magnífico caballo que le tenía en el patio de palacio un criado inmejorable, que montó á su vez y siguió á su señor.

Al mismo tiempo Baltasar traía el caballo del conde.

Este se metió para adentro.

Cascajares había desaparecido.

El conde afianzó la mampara de la puerta de la cámara, y fué á la de la recámara.

Margarita estaba anhelante.

—Lo he oído todo,—dijo,—y temo que ese duelo no sea un lazo.

—¿Tú crees?...—dijo el conde.

—Que Armagnac desconfía por lo ménos de ti: quiere desembarazarse de ti de una manera ó de la otra.

—¿Cómo!

—Sí; si tu enemigo te mata, le desterrarán; si tú le matas, le desembarazan también las pragmáticas.

—¡Ah! No,—dijo el conde;—tú recelas demasiado; ¿á qué entonces prescribirme que no hiera al marqués más que ligeramente?

—¡Oh! Eso es por encubrir el interés que se toma en procurar la ocasión del duelo; porque esta comida de la princesa en el campo, esta extraña orden de que tú la acompañes al estribo, no es otra cosa que la facilitación de un duelo: de seguro María Luisa ha recibido una orden misteriosa.

—Y bien,—dijo el conde preocupado,—confío en Dios, que él me protegerá; no puedo detenerme ni un solo momento: tal vez tarde; adios, queda tranquila.

En aquel momento se abrió el espejo.

Dña Eduvigis, advertida por su marido, acudia.

—Adios,—dijo Margarita.

Y trepó á la consola.

—Vaya vucencia descuidado, excelentísimo señor,—dijo doña Eduvigis.

Y el espejo se cerró.

—Puede ser que Margarita tenga razon,—dijo el conde para sí, saliendo á la cámara y poniéndose sobre el uniforme una rica capa de grana con la esclavina galoneada de oro, y tomando á seguida el camino del patio:—puede ser que este duelo interveuido por Armagnac, y que él habrá preparado para hoy mismo, sin duda, sea un lazo. Pero ¿y para qué? ¿No estábamos resueltos á batirnos?

La princesa no habia acudido aún.

Acarició maquinalmente á su caballo, y continuó en sus pensamientos.

—¡Ah! puede ser,—dijo:—nosotros, por temor á las pragmáticas contra el duelo, hubiéramos procurado que esté fuera completamente secreto; la justicia se hubiera visto obligada á contentarse con enterrar al muerto y con escribir algunos pliegos de papel. ¡Ah! ¡sí! ¡sí! ¡se quiere el escándalo! ¡Ah! pero esto es maquiavélico: se engaña sin duda de una parte á esa sociedad misteriosa á que pertenece sin conocerla, y de la cual no sé más sino que debo obedecer ciegamente lo que se me mande, y para engañarla se da á mi duelo con ese miserable marqués un interés político: de la otra se impide el secreto y se da lugar á la accion de las pragmáticas: ¡ah! ¡sí! ¡Margarita tiene razon! ¡Margarita conoce bien á ese hombre. Ese hombre no sospecha solamente: sabe de se-

guro que Margarita está en mi poder: ¡las espuelas sin duda! ¡las malditas espuelas! por acaso no tenían ni cifra, ni armas, yo habia confiado en esto; pero tienen la marca del platero: por el platero ha podido ese hombre averiguar á quién pertenecian las espuelas olvidadas en el aposento de Margarita: ¡oh! ese hombre confía demasiado en su poder: ¡ah! ¡nos veremos, señor de Armagnac, nos veremos!

En aquel momento se oyó la llamada de infantes que tocaban la música y la banda del batallon de servicio.

María Luisa, acompañada de su camarera mayor y de sus damas, descendia por las escaleras.

El conde montó rápidamente á caballo y fué á colocarse junto á la portezuela derecha de la carroza de la princesa.

Ella entró en ella con su camarera.

Las damas entraron en otra carroza.

El cortejo real se puso en marcha, llevando por escolta un escuadron de dragones.

Muy pronto salian de la poblacion, y avanzaban al galope por una de las avenidas del bosque del Pardo.

Capítulo X.

En que da fondo de una manera definitiva el incidente de las espuelas.

El convento de Capuchinos del Santísimo Cristo del Real Bosque del Pardo, así llamado, y al que concurrían con suma frecuencia el rey, los príncipes y los infantes, estaba á poca distancia de la población.

Llegó, pues, el cortejo real en algunos minutos.

Durante aquel corto trayecto, la princesa, sin cuidar de recatarse de su camarera mayor, no dejó de mirar con ansiedad al conde de la Salmedina.

Este por su parte, habia guardado una profunda reserva.

En el convento habia un zaguante ó guardia de suizos, que se habia enviado delante.

Además de esto, habia en la portería dos largas hileras de frailes capuchinos cenicientos.

El prior y los padres graves de la comunidad, con la cruz alzada y un palio destinado á la princesa, salian á recibirla.

La princesa bajó de la carroza, habló afablemente con el prior y con los otros frailes, se metió bajo el palio con la camarera mayor, y entró, no en el claústro, porque en una mansion de hijos del seráfico padre san Francisco no podian entrar mujeres, siquiera fuesen reinas ó princesas, sin bula especial del papa, ó en circunstancias especialísimas, sino en la real hospedería ó más bien en el pequeño palacio que estaba adherido al convento.

La otra servidumbre que la acompañaba seguia á la princesa.

Entre ella iba el conde de la Salmedina.

Pero la princesa, en vez de subir á la cámara, que allí, como en todos los palacios y casas reales tenia, siguió hácia el jardin, ó mejor dicho, hácia la huerta, que no estaba separada de la extensísima del convento sino por un vallado vivo.

El prior iba á la izquierda de la princesa.

Seguian despues la camarera mayor, las damas, el gentil hombre de servicio, el caballerizo, el conde de la Salmedina, y media docena de frailes.

El conde iba á la izquierda de la camarera mayor, delante un tanto del resto del acompañamiento, y hablaba familiarmente con ella, como que era pariente suyo.

La camarera se permitia algunas intenciones picantes, á las cuales contestaba el conde como podia.

La calumnia del marqués de Arosa, que ya no lo era, habia cundido demasiado.

Todos en la córte veian ya en el conde de la Salmedina un favorito de María Luisa.

De repente ésta se detuvo, se volvió, y dirigiéndose á don Luis, le dijo:

—¿No te parece, conde, que esto, á pesar de la estacion, está hermosísimo?

—¡Oh! Los buenos padres han nacido para que todo fructifique y esté fresco bajo sus manos.

—Hacemos lo que podemos, señor conde,—dijo el guardian;—pero si todo fructifica bajo nuestras manos, es porque la divina gracia y nuestro seráfico padre san Francisco nos ayudan.

De una manera natural, el conde se encontró á la derecha de la princesa.

A la izquierda, como hemos dicho ya, iba el guardian.

Debemos advertir que María Luisa habia hecho retirar el pálio al entrar en la huerta.

El guardian comprendió muy pronto que estorbaba.

La princesa habia entablado con el conde una animada conversacion.

Muy pronto el guardian se puso al nivel de la camarera mayor, y la pegó con ella.

Progresivamente, la princesa y el conde fueron adelantándose hasta que estuvieron á una distancia que hacia imposible que las personas del séquito oyesen su conversacion.

El conde continuaba, por distraccion sin duda, á la derecha de Maria Luisa.

Esta veia, sin mirar y sin volver la cabeza, que su acompañamiento iba muy detrás.

—Estoy aterrada, conde,—dijo al fin, dejando de hablar de las bellezas de la naturaleza:—me parece que ese maldito marqués de Letour es enemigo tuyo.

Esta sospecha de Maria Luisa estaba en armonia con la que el mismo conde habia concebido.

—Y bien, ¿qué importa?—dijo don Luis.

—El «qué importa» es la frase de los héroes y tambien la de los confiados,—dijo Maria Luisa;—temo mucho que te engañe el corazon: ese hombre es terrible; contra él es inútil el valor. ¡Oh! Si tú supieses una historia... ¡pobre rey don Luis! ¡Pobre niño!

—Yo creo que, por el contrario, el señor de Armagnac me tiene en grande estima; pero en todo caso, peor para él.

—Siempre el «qué importa» de los corazones alentados; siempre su noble confianza en sí mismos. Vamos, será necesario que yo te cuente una historia... cuando la conozcas tú, variarás de opinion... lo repito: tengo la seguridad de que el marqués de Letour te aborrece. ¿Por qué? No puedo decírtelo, por instinto: lo que yo no comprendo es por qué te aborrece. ¿Habrá soñado acaso?... ¿Tendrá celos?

El conde no podia revelar á Maria Luisa la causa del aborrecimiento probable del marqués de Letour, y se limitó á decir de una manera vaga:

—Tal vez.

—¡Oh! en ese caso es un insensato: una mujer como yo, si ella misma no solicita, no puede ser solicitada: en fin, yo estoy aquí, no porque quiero, sino porque se me ha ordenado que venga: tú estás aquí, no por mi voluntad, sino porque se me ha mandado te lo ordene: además, no es esto todo: se trata de un duelo que es necesario encubrir.

—¡Cómo! ¿el marqués de Letour ha llegado hasta el punto?...

—Sí; el marqués de Letour manda y yo obedezco: no soy yo quien me impongo al marqués de Letour, él es quien se me impone. ¡Ah! ¡qué esclavitud! En fin, resulta una cosa que me importa muy poco, porque la canalla ha de ser siempre maldiciente: resulta que se nos ha calumniado, porque cuando se han atrevido á decir que nos amábamos, era completamente falso, al ménos por tu parte. ¿Qué hacer? ¿Basta ser circunspectos? ¿Basta hacer callar la voz del corazón? No; la calumnia nos herirá alevosa y envenenada; y entonces pues, ¿por qué sacrificarse? ¿Por qué agonizar? Que digan lo que quieran.

—Sin embargo, me parece que nuestra conversacion se prolonga demasiado.

—Que digan lo que quieran, conde; de todos modos, ellos no necesitan de las pruebas para afirmar un hecho.

María Luisa, acostumbrada á las libres maneras de las licenciosas córtes italianas, reparaba muy poco en las formas, las menospreciaba.

Empezaba á ser ya, á causa del conde de la Sal-

medina, lo que diez y ocho años adelante fué por Manuel Godoy.

El constante escándalo de la severísima corte de las Españas.

Habría que observar que cuando las reinas españolas pertenecían á la casa de Austria ó la de Portugal, salvas raras excepciones, el decoro de la corte era rígido; pero cuando estas reinas provenían de las casas de Francia ó de Italia, como Isabel de Valois, Isabel de Farnesio, ó Luisa Isabel de Parma, el escándalo llegaba á lo infinito.

El rey hacía un tristísimo papel; los negocios políticos iban muy mal, como que sufrían la influencia del favorito de la reina, y las costumbres se corrompían.

No hay, pues, que extrañar en ninguna manera el *sans fason* de María Luisa de Parma, ni que esto causase una murmuración biliosa y mal contenida.

El mismo conde estaba espantado.

Le parecía que los favores de la princesa le ponían demasiado en evidencia, y por más que esto halagase su vanidad, por más que el conde fuera despreciador del peligro, el ser el objeto de una murmuración envidiosa le mortificaba extraordinariamente.

Por lo demás, y en lo tocante á lo que podían perjudicar en él mismo á Margarita aquellos amores, el conde estaba completamente satisfecho.

María Luisa era cuando más para él un bello incitante objeto material.

Pero no le fascinaba ya.

No le aturdió como la noche precedente, no le hacía olvidarse, como la noche precedente, de una manera casi completa de Margarita.

Esto había lastimado al conde cuando había podido pensar en ello, vuelto de la poderosa fascinación en que le había envuelto María Luisa.

Entonces el conde estaba sobre sí.

Era un admirable cómico que engañaba á la princesa.

Que con su acento, con su mirada, la hacía creer que ella era su amor exclusivo, su amor inmenso, su vida, su encanto.

A pesar de que la situación contrariaba á María Luisa, de que la espantaba aquel funesto marqués de Letour, que de tal manera se ingería en sus negocios, que de tal manera usaba de ella, en los labios de la princesa vagaba una sonrisa de felicidad.

—¿Y cómo salir de esta situación, conde?—dijo á don Luis.—A cada momento me convenzo más de que de Armagnac tiene un gravísimo interés en comprometerte; ese duelo empeñado á causa mia, ese duelo que indudablemente se quiere entre en la esfera del escándalo, traerá sobre ti el rigor de las pragmáticas, y ya sabes cuán terco y cuán aferrado es en hacer cumplir las leyes al pié de la letra el buen papá. Me estremece la sola idea de la laboriosa intriga que necesitaré para ponerte á flote, si ese duelo tiene lugar y se hace público: y no hay medio de evitarlo, lo comprendo bien; el marqués de Arosa es un insolente, un miserable, un descortés, un mal educa-

do, un envidioso, al que debes matar sin compasion; esto dará escándalo, mejor; todo el mundo sabrá que tú eres el caballero más gentil, puesto que has podido enamorar á la primera dama de la córte; afortunadamente el buen papá es viudo, de otro modo puede ser me viera obligada á sufrir la rivalidad de mi buena mamá.

Como se ve, la jóven princesa entraba de lleno, y aun con placer, por el camino del escándalo.

—Verdaderamente,—exclamó el conde,—soy muy feliz, y el peligro que hay en mi felicidad me la hace más preciosa.

—¡Ah! yo te amo, Luis, te amo y me impaciente: estás muy lejos de mí en la servidumbre del rey, y es necesario que entres en mi servidumbre; estoy terriblemente disgustada con el jefe de nuestro cuartito: es necesario enviarle á descansar; está ya viejo y su tos asmática me molesta; no quiero nada viejo al rededor mio; esto es demasiado triste, demasiado recoleto, demasiado quisquilloso, para que no procuremos atenuarlo, hacerlo aceptable en cuanto sea posible; pero pensando en tí me extravió del asunto principal: necesitamos, es cierto, á ese terrible marqués de Letour; pero para conspirar, conde, nos bastamos nosotros; es necesario que busques un medio de deshacernos buenamente de ese temible señor: yo te diré más adelante, tal vez esta noche, quién es y cómo le he conocido, y digo esta noche distrayéndome de nuevo: yo no he venido aquí, como te he dicho, sino obedeciendo, y es muy triste, muy eno-

joso, deprimente en alto grado, el que yo me vea obligada á obedecer; ese hombre ejerce sobre mí una fascinacion terrible; se quiere que el duelo se verifique hoy mismo; á las seis, me parece ver ya á los exentos avisados á tiempo, que se echan encima y os prenden, y os llevan al alcázar de Segovia y os empozan en un calabozo, de donde me será muy difícil sacaros; yo no me inquietaria por sacar del aprieto al marqués de Arosa; pero si llega ese caso, para sacarte á tí seria indispensable sacarle á él: ¿no te se ocurre un buen medio que nos libre á la par del marqués de Letour y del peligro de ese duelo? Yo tengo interés en que castigues á ese insolente Arosa, pero con precaucion, cubriendo el duelo con el misterio; que se murmure de él para que otros escarmienten, pero que no pueda probarse nada.

—El marqués de Letour,—dijo el conde,—se atreve á mucho; estando yo de por medio, no se me prenderá esta noche; pero de todos modos, estoy preso, puesto que estoy de servicio.

—¿Y qué importa, conde?—dijo la princesa;—sin faltar á tu servicio, lo que seria tan comprometido como la publicidad del duelo, porque el buen papá para nada es tan rígido como para hacer cumplir las ordenanzas militares, nos veremos, amado mio, nos veremos esta noche, si es que tú logras aplazar ese duelo, inutilizar la mala intriga del marqués de Letour.

—La inutilizaré.

—Ten en cuenta que despues de la comida, que

terminará á las seis, recibirás indudablemente un aviso misterioso; se me ha prevenido permanezca aquí hasta las ocho, hora en que pasará por aquí de vuelta de la caza, el señor príncipe mi marido; tú habrás tenido dos horas de libertad; durante esas dos horas pueden suceder cosas funestas.

—¡Oh! ¡sí! sucederá algo terrible, pero yo no seré preso.

—¿Qué harás?

—¡Ah! ¡Perdóname!—contestó el conde;—quiero sorprenderte, María; quiero que tengas un motivo más para amarme.

—¡Como si se pudiera estar más enamorada y más orgullosa de tí!

—Pues bien; para que yo prepare mi proyecto,—dijo el conde,—es necesario que nos volvamos, que tenga un momento libre.

—Y bien,—dijo la princesa;—acortemos el paso, demostremos á esa buena gente que nos sigue á distancia, que pueden sin indiscrecion acercarse á nosotros; demos la vuelta por este sendero, volvámonos en buen hora; la de la comida se acerca, y estaremos poco tiempo separados. ¡Oh, cuánto te amo y cuán feliz soy, conde!

Y la princesa acertó, como lo habia dicho, el paso, y tomó la vuelta de un sendero.

Poco despues la servidumbre estaba cerca de la princesa y del conde, y por último, María Luisa se encontraba entre el guardian del convento y su camarera mayor.

El conde se habia quedado un tanto atrás, y hablaba con uno de los padres graves del acompañamiento.

En los semblantes de las damas se vislumbraba algo extraño, se cogía alguna mirada furtiva é intencionada.

Alguna sonrisa picante.

Pero nada se advertia en los buenos capuchinos, porque para encubrirse, para disimular y para adaptarse maravillosamente á todo, nada como un fraile.

Muy pronto dieron la vuelta.

María Luisa subió á la cámara, que como hemos dicho, tenia en aquel pequeño palacio, y el conde quedó por algun tiempo libre.

Llamó inmediatamente á Baltasar, y le dijo consultando su reloj:

—Son las cuatro y media; es necesario que en tres cuartos de hora, es decir, que para las cinco y cuarto hayas ido á Madrid y hayas vuelto, y que además, hayas preguntado á mi joyero si ha ido alguien á presentarle unas espuelas de plata sobredoradas, las que yo he perdido, y á informarse del nombre de su dueño.

—Muy bien, señor,—dijo Baltasar;—antes de las cinco y cuarto estaré de vuelta.

Y Baltasar se separó del conde, montó á caballo y partió á escape.

A las cinco y cuarto llegaba al Pardo; pero no pudo hablar á su señor, porque éste comia entonces con la princesa.

Un poco antes de las seis la comida terminó, y pudo hablar á su amo.

—He estropeado dos caballos, señor,—le dijo,—y de tal manera, que no pueden servir en toda su vida, si es que no han reventado, y me he puesto yo mismo blando como un jabon.

—Eso no importa,—dijo el conde;—al asunto, ¿qué has averiguado?

—Esta mañana se ha presentado al señor Rodriguez una beata, ha sacado de debajo el manto un pequeño envoltorio, y desenvolviéndole ha dicho:

»—Me han llevado á vender estas espuelas; vos me direis si son ó no de plata.

»—Y de buena plata de ley, de la del Perú,—contestó el señor Rodriguez.

»—Y decidme,—insistió la beata,—¿serán robadas estas espuelas?

»—Mucho me lo temo,—dijo el señor Rodriguez,—porque el señor conde de la Salmedina, para quien yo he hecho no hace un mes estas espuelas, no tiene necesidad de desprenderse tan al por menudo de su argentería.

—¡Imbécil!—exclamó el conde.

—En efecto, señor, el tal señor Rodriguez es un pobre diablo que tiene demasiado estrecha la frente.

—Pues mejor,—exclamó el conde;—véte.

Baltasar se retiró mortificado, porque le habia acostumbrado su amo á una gran confianza, y no veia ni claro ni turbio en aquel negocio.

El conde no podía ya dudar.

El marqués de Letour sabía que él era el hombre con quien se había fugado Margarita.

La intencion no podía ser más clara.

Privar á Margarita de la proteccion del conde.

Sin duda se había averiguado tambien que Margarita estaba en el palacio del Pardo, aunque no se pudiese precisar el sitio.

Era necesario tomar una resolucion enérgica.

Arrostrar por todo, aunque se provocasen las iras de aquella sociedad misteriosa.

Margarita era el universo de don Luis, que se sentia por ella capaz de todo.

De improviso un lego del convento llegó junto á él, se detuvo un instante, y le dió un pliego.

El conde entró en las habitaciones del piso bajo destinadas á la servidumbre.

El lego había pasado sin decir una palabra, en cuanto había dado el pliego al conde.

El contenido de aquel pliego era el siguiente:

«Teneis dos horas de libertad; en esas dos horas bien puede terminarse el asunto que teneis pendiente con el marqués de Arosa; éste ha sido prevenido, y á las seis se encontrará con sus testigos y los vuestros en el sitio del bosque llamado los Cuatro Senderos; yo os aguardo en la huerta, junto á la fuente de Faunos; venid al momento, obedeced.»

El conde salió, atravesó una galería, entró en la huerta, que estaba completamente solitaria, alumbrada espléndidamente por la luna, y entre una espesu-

ra de arrayanes, cerca de la fuente de los Faunos, descubrió á Armagnac.

Este le hizo seña de que le siguiese, y tomó por un sendero.

El conde le siguió.

Y así continuaron el uno delante, el otro detrás en silencio, hasta llegar á un postigo de la huerta.

De Armagnac abrió con llave el postigo.

—Pasad,—dijo al conde.

Este pasó.

De Armagnac cerró el postigo y se puso de nuevo en marcha.

El conde conocia harto bien el terreno.

Los Cuatro Senderos estaban á un cuarto de legua corto del convento.

De Armagnac marchaba precisamente por la avenida que más pronto debia conducirlos á los Cuatro Senderos.

Al llegar á la distancia media, el conde avivó el paso, adelantó á de Armagnac y le dijo:

—No pasareis de aquí; antes de que yo concluya mi duelo con el marqués de Arosa, necesito concluir otro con vos.

—¡Eh! ¿qué decís?—contestó con una voz extraña de Armagnac.

—Digo,—contestó con firmeza don Luis,—que necesito me deis razon de unas espuelas que yo he perdido.

—¡Ah!—exclamó de Armagnac.—Pues bien, sí; puesto que vos habeis despejado la situacion, acepto

el terreno en que os colocais: mejor, tanto mejor; yo guardaba algunos miramientos, no á vos, á quien odio por una razon doble, por dos mujeres, sino por otro poder más temible que vos; pero vos afrontais ese poder y yo tambien le afronto: entre nosotros no puede haber más que sangre y muerte. Maria os favorece y Margarita sin duda os ama; las habeis tenido á las dos en el palacio del Pardo, habreis llegado con las dos á lo supremo de la felicidad; teneis razon, conde, entre nosotros hay un duelo á muerte.

—Y tal como debe ser,—contestó con desprecio el conde,—sin testigos.

—¿Qué decis?—exclamó de Armagnac trasportado por un furor de que no se le hubiera creido capaz á él, que hasta entonces habia parecido tan friamente reservado.

—Digo,—exclamó el conde,—que tal vez con testigos me seria imposible partir el terreno del honor con un aventurero á quien nadie conoce, y que, por otra parte, la soledad del sitio me libraré del rigor de las pragmáticas.

De Armagnac, ciego y mudo de furor, tiró de su espada y se fué de una manera tal sobre el sereno y valiente conde de la Salmedina, que aun no habia puesto mano á su espada, que le obligó á saltar rápidamente atrás, saliendo de línea.

De otra manera, le hubiera alcanzado indudablemente de Armagnac con una estocada decisiva.

Esto habia sido una especie de traicion, de artimana de rufian.

El conde, con la misma rapidez que habia evitado el golpe, ganó la espalda de Armagnac y le dió en ella un vigoroso cintarazo.

—Las villanías deben ser castigadas,—dijo.

De Armagnac rugió al sentir la injuria que se le habia inferido, y se volvió.

Encontró delante de sí, espada contra espada, al conde.

Pero de Armagnac tenia en la mano izquierda un pistolete.

Apuntó é hizo fuego.

Pero con una rapidez admirable y una sangre fria pasmosa, en el momento preciso, el conde se habia apartado de la puntería.

—¡Ah, eres zurdo!—exclamó el conde,—tu bala ha pasado junto á mi oreja derecha; bueno es saber que eres ambidestro.

Y entre tanto habia ya obligado á defenderse á de Armagnac.

Este aparecia un consumado tirador, y un tirador terrible.

Tan pronto tenia la espada en la mano derecha como en la izquierda.

Pero el conde no se descomponia absolutamente.

Su juego era cerrado, rápido; parecia como que si no habia herido aún á de Armagnac, era porque queria herirle de una manera concluyente.

De improviso, descompuesto de Armagnac por un desarme, el conde se le fué encima y le alcanzó en pleno costado izquierdo.

De Armagnac lanzó un rujido, hizo un violento esfuerzo para sostenerse de pié, echó mano á su cintura, cogió otro pistolete y disparó.

Pero el tiro fué al aire.

Al dispararle de Armagnac habia caído.

Permaneció inmóvil.

La sangre habia enrojecido completamente su chupa y su camisa, rebosaba violentamente de sus ropas.

El conde se inclinó sobre él, pálido, pero sereno.

De Armagnac tenia los ojos abiertos, pero inmóviles, y aparecía en ellos la expresion de la muerte.

El conde le registró.

No tenia sobre sí más papel que un pliego cerrado.

Aquel pliego tenia el sobre en blanco.

Don Luis le abrió, y como la luz de la luna fuese bastante clara, leyó lo siguiente:

«Si se me encuentra muerto, sépase que quien me ha matado es el conde de la Salmedina.»

—¡Ah, miserable, infame!—exclamó el conde.—

Esto prueba que estamos aquí absolutamente solos, que no te has hecho acompañar de ninguno de los esbirros de que sin duda has ido acompañado siempre.

¡Ah! esto queda envuelto en un profundo misterio...

muerto, sí, de todo punto muerto. Seamos, pues, prudentes; evitemos el ser sorprendidos por algun guarda-bosque; es posible se hayan oido las detonaciones de los dos pistoletazos; en cuanto á mi duelo con el marqués de Arosa, seria en este momento imprudente: ese duelo era de todo punto un lazo; mañana será otro dia.

Y el conde limpió su espada en la capa de Armagnac, la envainó y se volvió con paso rápido.

Se vió obligado á rodear la huerta.

Al fin, al dar las siete en el reloj del convento apareció en el vestibulo de la hospedería, lento, tranquilo, como si sólo hubiera salido á vagar un momento á corta distancia.

Apenas habia entrado el conde en las habitaciones de la servidumbre, cuando se oyeron trompás de caza.

El príncipe de Astúrias llegaba con todo su inmenso séquito de cazadores.

A las ocho, de vuelta al Pardo, el conde se encontraba instalado en la cámara del jefe de parada de Palacio, y prevenia á Baltasar fuese á llamar inmediatamente al señor Cascajares.

Debemos decir que la princesa sabia ya, por una rápida palabra murmurada en su oido por el conde, lo que habia sido del marqués de Letour.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Y el conde limpió su espada en la capa de Armagnac.



MOTIV DE F. J. M. AGRI - 7. 1. 1880. D. J. M. AGRI - 7. 1. 1880. D. J. M. AGRI - 7. 1. 1880.

Capítulo IX.

Un secreto revelado de una manera hábil.—Las extrañas condiciones de un duelo.

Cascajares apareció tan servicial como siempre.
—¡Ah, excelentísimo señor!—dijo;—vuecencia se ha anticipado á mi deseo; yo necesitaba prevenir á vuecencia acerca de una aparicion.

—¡De una aparicion!—exclamó el conde.

—Sí, señor; y de una aparicion real, realísima, señor conde; yo estoy destinado á ser el depositario de grandes secretos. ¡Oh, señor, señor! este es un alto honor para mí; esto significa cuánto se fia en mi prudencia, en mi discrecion.

—Pero acabad, señor Cascajares; ¿de qué aparicion se trata?

—¡Ah, excelentísimo señor!—dijo Cascajares, haciendo aquel mohin suyo, que le hacia tan semejante á un pavo que se traga una nuez, bajando la voz,

acreciendo en solemnidad y misterio, y dejando ver la contraccion nerviosa de su ojo derecho, que tanto se parecia á un guiño;—sea enhorabuena, mil veces enhorabuena; pero, señor, ¿cómo sabe la señora princesa que hay una comunicacion secreta en palacio que empieza en la inmediata recámara y concluye en...

—¡Ah! se trata de la princesa,—dijo el conde.

—Sí, sí señor,—contestó Cascajares, más enfático y más misterioso que nunca;—la señora princesa acaba de decir á mi Eduvigis, que es lo mismo que decírmelo á mí: estad dispuesta junto á la puerta de la comunicacion secreta que corresponde á mi cámara. A las nueve yo abriré la puerta, vos descendereis, y vereis si en la recámara del cuarto del jefe de parada está el conde de la Salmedina; es necesario se le prevenga que esté allí á las nueve, y que evite toda eventualidad que pueda comprometer el secreto. Mi Eduvigis me ha trasmitido esa real orden, excelentísimo señor, y yo la trasmito respetuosamente á vuecencia; pero, señor, señor, ¿cómo sabe su alteza, que como quien dice acaba de llegar á España, que existe esa comunicacion secreta, que tiene una puerta en esa recámara, otra en la cámara de la reina, que por ser viudo el rey nuestro señor, ocupa hoy la princesa, y otra en... De todos modos, repito mi enhorabuena, excelentísimo señor, y me pongo completamente á las órdenes de vuecencia. ¡A!—

—Apenas si habia oido el conde esta larga tirada de Cascajares; estaba profundamente pensativo.

Por aquella noche probablemente le seria imposible hablar con Margarita, y lo que era peor aún, era necesario de todo punto que Margarita supiese cuál era el impedimento de su entrevista.

El conde se fué á la puerta de la cámara y llamó á Baltasar.

—Constitúyete de centinela,—le dijo,—y hé aquí la consigna: que nadie pase sin prévio anuncio tuyo.

—Muy bien, señor,—dijo Baltasar.

El conde cerró la mampara, se encaminó á la recámara, la abrió, y dijo á Cascajares:

—Pasad.

Cascajares entró.

El conde se sentó en el canapé.

—Sentaos, señor Cascajares,—le dijo.

—¡Cómo, señor! ¿Sentarme yo delante de vuecencia? Imposible, jamás; yo he nacido para estar delante de mis superiores; toda infraccion á esta costumbre me causaria una emocion tan violenta, que podria producirme una enfermedad: hable, hable vuecencia cuanto quiera, que yo no me canso de estar de pié.

—¿Cuándo se construyó ese pasaje secreto?—preguntó el conde.—¿Lo sabeis vos?

—¡Oh, señor conde! Vuecencia me pide la revelacion de un secreto; pero dada la situacion en que vuecencia se encuentra, parece como que esa misma situacion me excusa. Pues bien, excelentísimo señor; vuecencia sabe que en el lugar que ahora ocupa este palacio no habia en los tiempos del señor don Feli-

pe V más que un apeadero de caza: la reina doña Isabel de Farnesio encontró este sitio muy agradable, y sobre todo muy solitario y muy rodeado de bosques, á propósito, en fin, para favorecer el misterio; y como vucencia sabe, porque lo sabe todo el mundo, que si en los primeros tiempos del reinado de don Felipe V fué el alma del gobierno la señora princesa de los Ursinos, sabe tambien todo el mundo que despues de la desgracia de la princesa, por las segundas nupcias del señor don Felipe V con la señora doña Isabel de Farnesio, esta ilustrisima reina fué el alma del gobierno; y como el cardenal Alberony era un grande hombre de Estado y la reina no podia pasarse sin sus consejos, y muchas veces el secreto era de todo punto necesario para favorecer las importantes entrevistas políticas de su majestad con el primer ministro, se construyó este palacio, y en su construccion entró esta comunicacion secreta. Por aquel tiempo, lo que ahora es cuarto del jefe de parada era secretaria de Estado, y en esta pequeña recámara tenia su despacho particular el cardenal Alberony, que era muy trabajador y se pasaba las noches enteras encerrado aqui, consagrándose con la reina á los cuidados del gobierno; como que habia que luchar con la ambiciosa y torcida política del gran Luis XIV de Francia, que al hacer rey de España á su nieto el duque de Anjou, habia dicho, acompañando sus palabras con una sonrisa de satisfaccion: *«Ya no hay Pirineos, ó como si dijéramos, la España es de Francia.»* ¡Oh! Se comprende bien la necesidad de las

entrevistas secretas de la señora reina doña Isabel de Farnesio y del cardenal Alberony; la córte estaba llena de espiones, de polizontes franceses, y se les encontraba hasta en la sopa.

—Veo,—dijo el conde,—que estais altamente versado en historia.

—Como que he nacido en palacio, señor conde, y desde muy jóven he gozado de la alta confianza de grandes personas.

—Ya tendremos tiempo de hablar,—dijo el conde;—ahora estamos harto de prisa; necesito haceros una pregunta.

—Me causará un gran sentimiento no poder responder satisfactoriamente á vuecencia.

—Vos debisteis conocer á la señora doña María Luisa Isabel de Orleans; duquesa de Montpensier, esposa del jóven y malogrado rey don Luis I.

—¡Ah, señor conde!—exclamó Cascajares:—no soy tan viejo; pero la conoció mi padre, y le he oido decir de ella: ¡Qué ilusion! ¡qué juventud! ¡qué viveza! ¡qué gracia! ¡Oh... era mucha, mucha señora aquella! Aquí no supieron comprenderla, y echaron á mala parte las maneras galantes, pero inocentes, de la córte de Versalles, de que hacia tal vez demasiada ostentacion la señora doña María Luisa Isabel de Orleans.

—Dicen,—añadió el conde,—que tan desenvuelta fué la conducta de aquella señora, aunque no fuese más que en la apariencia, desde el momento en que entró en España, y aun antes de que la conociera el

rey, que éste se enojó con ella, y ni aun llegó el caso de la consumacion del matrimonio.

—Eso dicen,—contestó Cascajares, haciendo de nuevo su mohin característico;—pero todo ello no era más que quisquillosidades é intransigencias de las espetadisimas señoras de la córte; como si no hubieran podido acostumbrarse largamente á las galante-rías, con el trato galante, pero siempre decoroso, que introdujo en la córte la señora doña Isabel de Farnesio; y en verdad, excelentísimo señor, si no se miente ó no se murmura, ¿de qué se va á hablar?

—Vengamos á la historia,—dijo el conde;—inocentes ó no las libertades de la duquesa de Montpen-sier, el rey su esposo creyó que no debia tolerarlas, y sentenció á una reclusion temporal, á una especie de correccion, á la espiritual y demasiado viva Luisa Isabel.

—Indudablemente, señor conde, su majestad fué recluida en el real monasterio de la Encarnacion, del que no salió sino algunos meses despues.

—¿Y no pudo ser que la reclusion de la reina en el convento fuese aparente, y que en tanto viviese oculta, confiada á algun buen servidor, en algun pa-rajé secreto del palacio del Pardo, para encubrir cier-to inconveniente producido por las ligerezas de la reina ya viuda.

Abrió enormemente los ojos Cascajares, y miró con una especie de espanto al conde.

—Continuemos, continuemos, amigo mio,—dijo don Luis;—en todo esto debió andar la reina ma-

dre doña Isabel de Farnesio, que sin duda tenia justos y bastantes motivos para apreciaros en lo que valeis.

Creció la atonía en los ojos de Cascajares, y se tragó una nuez infinitamente mayor que las otras, á juzgar por el esfuerzo que hizo.

El guiño de su ojo derecho fué ya terrible.

—Vuecencia, —dijo, — me hace verdaderamente una observacion enorme, á la que yo no puedo, no debo contestar.

—Pero esa es una contestacion, señor Cascajares; vuestra habilidad es infinita: vos sabeis que estuvo aquí oculta la jóven reina viuda, viuda poco tiempo despues de ser casada; que tan secreto era el lugar donde estaba, que á pesar de haber venido la córte de jornada al Pardo, nadie sospechó siquiera la existencia de la reina en este palacio: por consecuencia, vos debeis saber que por órden de la reina madre, doña Isabel de Farnesio, se guardó aquí y se ocultó á la jóven reina viuda Luisa Isabel de Orleans; y vos, sin duda, sabeis lo que se hizo de la niña que aquí dió á luz en medio del misterio aquella loca jóven, á quien todo el mundo creia recluida en un convento.

—Si vuecencia continúa así, —dijo Cascajares, — es inútil que yo haga á vuecencia ninguna revelacion; vuecencia sabe mucho más que yo acerca de ese alto secreto de Estado.

—No, no tanto como creéis, señor Cascajares: yo voy á ciegas de deduccion en suposicion; pero necesito la revelacion clara, precisa: ¿qué se hizo de la niña nacida aquí hace cuarenta y dos años?

—¡Ah, señor conde, señor conde!—exclamó Cascajares;—vuecencia me está poniendo malo, vuecencia sabe que una noche, una noche tempestuosa, bajó por ahí mi padre precedido de mi madre y llevando en los brazos una hermosísima niña recién nacida; vuecencia sabe que salió furtivamente de palacio por el postigo de los jardines, atravesó el campo bajo la lluvia, se metió en el bosque, llegó al sitio llamado la Cruz de Piedra, y allí entregó aquella criatura, que no volvió á ver más, que no supo lo que de ella fué, y por orden secreta y terminante de su majestad la reina madre, á un hombre embozado que sacó de debajo de su capa una linterna y le mostró un collar de perlas, en cuyo medallon estaba esmaltado el retrato de la jóven reina viuda, madre de aquella niña; vuecencia sabe sin duda que aquella era una señal convenida, y que mi padre entregó la criatura á aquel embozado, del cual, por más que quiso, no pudo ver la más mínima parte del rostro, y que despues de esto se volvió á palacio á dar cuenta á su majestad la reina madre, que mediante un aviso suyo habia venido secretamente al Pardo.

Y decidme, señor Cascajares, ¿quién entraba entonces por esa puerta?

—Vuecencia sabe, excelentísimo señor, que no entraba nadie, y que sin duda esto affligia de tal manera á doña María Luisa Isabel, que lloraba como si para ella se hubiese acabado el mundo.

—¿No sabeis verdaderamente más?

—¡Oh! vuecencia tiene la seguridad de que yo

no sé más. Vucencia sabe que yo he guardado profundamente el secreto que mi padre me confió.

—¿Y qué se hizo de la jóven reina viuda?

—Al poco tiempo del nacimiento de su hija, vucencia lo sabe, señor, doña María Luisa Isabel salió una noche de palacio acompañada de la reina madre, y fué trasladada, tambien muy secretamente, al real monasterio de madres de la Encarnacion, de donde tiempo adelante salió, como vucencia sabe muy bien, para ser entregada en Francia á su padre.

—¿Y nada, nada sabeis acerca de la pobre criatura nacida hace cuarenta y dos años en este palacio?

—Absolutamente nada, señor conde. Vucencia sabe que aquella historia dió fin y remate en el momento en que salió de su escondrijo, para entrar en el real monasterio de la Encarnacion, la señora doña María Luisa Isabel.

—Esperad, esperad un momento, señor Cascajares; voy á escribir una carta, que entregareis á la señora doña Margarita.

—Y ya es tiempo, excelentísimo señor,—dijo Cascajares,—porque están al caer las nueve; perdóneme vucencia si se lo advierto.

El conde salió á la cámara, y se dirigió á la gran mesa de despacho que en ella habia.

Apenas se habia puesto á escribir, quando se abrió la mampara y Baltasar asomó la cabeza.

—El señor baron de Pinto,—dijo anunciando.

—Que me haga la merced el señor baron de

Pinto de esperar un momento, —dijo con impaciencia el conde.

Y escribió rápidamente: —

«Alma mia: De Armagnac no es ya un obstáculo para nosotros; he roto un proyecto, rompiéndole el corazón. Desgraciadamente, y con gran desesperación mia, no podemos vernos esta noche: tal vez esto podrá ser más tarde: por el momento espero á María Luisa: Cascajares te informará. — Luis.»

El conde cerró esta carta, entró y dijo á Cascajares:

—Tomad; para doña Margarita: informádlas de por qué no podemos vernos esta noche; servidme bien; contad con vuestros acrecentamientos. Salid; pero por ahí no, por allí.

Y el conde señaló el espejo. — ¡Ah! cuente completamente conmigo vuestra alteza... ¡Ah! perdonad; me he equivocado: he querido decir vucencia... Ya se ve, con estas cosas, la cabeza se embrolla y se da fácilmente en equivocaciones.

El conde no le oía ya.

Habia cerrado la puerta, guardando la llave en su bolsillo; habia ido á la mampara, la habia abierto y habia dicho al baron del Pinto, que apareció un tanto cecijunto á causa de la espera en la antecámara:

—Dispensadme, baron; pero nó hé podido absolutamente recibirlos en el momento.

El baron entró, se descubrió y permaneció serio y reservado.

—¡Ah!—dijo el conde, llevándole á la chimenea.—Os impacienta sin duda el que tampoco el duque haya tenido esta noche lugar.

—Cierto, amigo mio,—dijo el baron, en cuyo acento habia, á pesar de lo cortés, un ligero tinte agresivo.—Esto va siendo extraño.

—¡Vive Dios!—exclamó el conde.—Creo que vos no tendreis la intencion de ofenderme.

—Nada ménos que eso, don Luis,—contestó el baron;—pero anoche vuestro caballo y hoy vuestro servicio, hacen que nosotros, vuestros padrinos, estemos en una posicion falsa; y yo vengo á suplicaros resolvais esa situacion de una manera definitiva.

—¡Ah, sí! Ese hombre se permite...

—Todo, y hasta cierto punto, con razon.—Esta tarde, un caballero á quien no conocemos, y que decia llamarse el marqués de Letour, se nos presentó como emisario vuestro, y nos dió una cita á las ocho en el sitio llamado de los Cuatro Senderos en el bosque.

—¿Y quién, pardiez,—dijo el conde,—os ha autorizado para creer á un cualquiera, que se llamaba, porque queria llamárselo, emisario mio, sobre todo un desconocido, que sea cual fuere su apariencia, puede ser, y lo es sin duda, un aventurero? Decidlo así al marqués de Arosa; decidle además que estoy dispuesto, como lo habia prometido, á matarle esta noche.

—¿Dónde?—dijo el baron.

—Aquí.

—¡Aquí, conde!

—Sí, aquí. —dijo el conde.

—¿A qué hora?

—Lo que se tarde en que vayais á advertirle.

—¿Y qué haremos con el muerto, sea él ó seais vos el que sucumba?

—Terminado el duelo, saldreis como habeis entrado; sólo uno ménos. El muerto quedará á mi cargo, y vosotros podreis dormir tranquilos, porque os aseguro que no caerá sobre nosotros el rigor de las pragmáticas.

—Sea como fuere,—dijo el baron,—yo, en la parte que me toca, acepto las condiciones; y creo que los otros las aceptarán tambien.

—Os suplico que no tardeis,—dijo el conde.

—Estad seguro,—dijo el baron,—de que no tardaremos más que el tiempo preciso.

Y el baron salió.

El conde se fué á la recámara, y encontró en ella á María Luisa, pálida y conmovida.

—¡Ah! ¡Esto es terrible, conde!—exclamó, echándole los brazos al cuello.—Yo tengo miedo; tu vida está en peligro.

—¿Has oído?...—dijo el conde.

—Sí, todo.

—Pues bien; permíteme que yo te dé una muestra de cuánto te amo y cuánto te respeto matando cerca de ti al miserable que se ha atrevido á injuriarte.

—¡Oh! ¡Todavía sangre!—exclamó María Luisa.—¿No basta la de ese hombre?

—Cuando se trata del honor y de la seguridad de una dama tal como tú, no hay que reparar en la sangre: esa es la ley del honor. Pero debemos separarnos; yo te prometo que no estaremos separados mucho tiempo.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó María Luisa, que no tenía aún la costumbre de la sangre.

—Si,—dijo el conde;—es necesario que todos los que han oído la injuria, sepan que injuriarte á ti es llamar sobre sí la muerte. Pero pronto, señora mia: están cerca, y pueden venir de un momento á otro.

—¡Ah! ¡Defiéndete, defiéndete bien, Luis!—dijo la princesa mientras el conde la ayudaba á subir á la consola.

Esta se cerró inmediatamente.

El conde hizo un violento esfuerzo para levantar el grupo que estaba en el suelo y ponerlo sobre la consola.

Pero este esfuerzo le quebrantó.

—Creo que he cometido una imprudencia,—dijo,—estando próximo á un duelo á muerte... Y bien, no importa.

Restableció los candelabros sobre la consola, salió á la cámara, y se puso á pasear por ella.

Capítulo X.

Un duelo á la sombra de un palacio.

Un cuarto de hora despues, Baltasar anunció al baron de Pinto y á otros cuatro caballeros.

El conde se apresuró á recibirlos.

El uno de aquellos cinco hombres era un jóven presuntuoso, de expresion insolente, que adelantó de una manera desenfadada hácia el conde, y le dijo:

—Gracias á Dios; yo creía que esto no se iba á acabar nunca.

—Sois ingrato con la fortuna,—dijo el conde,—puesto que la debeis algunas horas de vida, señor marqués de Arosa.

—Al contrario,—contestó el marqués,—la debo muchas horas de impaciencia.

—Aunque esto parezca irregular, estando ya con-

venidas las últimas condiciones de nuestro duelo, necesito hablar á solas con vos, siempre con la licencia de estos señores.

Saludaron los aludidos.

—Seguidme, si gustais, marqués,—dijo don Luis.

Y entró en la recámara.

El marqués entró siguiéndole.

—Sobre el lugar donde dentro de poco hemos de caer uno de los dos, os suplico me contesteis á algunas preguntas que tengo un gran interés en haceros.

—Y bien, decid.

—¿Habeis sido influido por alguien para denigrar á la alta persona cuyo nombre habeis puesto en lenguas?

—Este es un nuevo insulto,—dijo el marqués de Arosa,—que debiérais haberme excusado, dada la situacion en que nos encontramos. Yo no he denigrado á la princesa de Astúrias: he repetido en alguna parte lo que se dice ya públicamente por todos. No es culpa mia ser un eco de la opinion pública, ni creo pueda denigrarse á una persona que ha dado ocasion para que todo el mundo repare en su conducta.

—Respondedme categóricamente, os lo suplico,—dijo el conde.—¿No estais vos obligado á una obediencia pasiva?

—Fuera del rey,—contestó ya casi á punto de entregarse á la cólera el marqués,—nadie tiene derecho á imponerme su voluntad, y aun así, con las restricciones que marca el honor.

El conde no tuvo duda de que el marqués hablaba con sinceridad.

Así pues, resultaba falso lo que había asegurado De Armagnac.

Esto es, que el marqués pertenecía á la sociedad misteriosa, de la cual había visto una parte el conde.

Se comprendía una hábil intriga.

—Pues bien, marqués,—dijo don Luis:—yo os creo; pero en el punto á que hemos llegado, ni vos ni yo podemos retroceder. ¿Me permitis diga á nuestros amigos que pueden pasar?

—Perfectamente,—dijo el marqués.

Don Luis fué á la puerta de la recámara, y dijo á los cuatro caballeros que en la cámara estaban:

—Podeis pasar, amigos míos.

Pasaron.

—Creo,—dijo el conde,—que con algunas modificaciones, este espacio es bastante capaz para nuestro duelo.

—¿Y qué modificaciones son esas?—preguntó el marqués de Pinto.

—Arrollar la alfombra, á fin de que no se empaque de sangre, puesto que á todos nos interesa evitar las pragmáticas; encender la araña, á fin de que tengamos buena luz, y cerrar las maderas de la reja para que no se oiga demasiado el ruido de las espadas.

Y el conde dió el ejemplo, empezando á poner sillones en un ángulo.

Los otros le ayudaron.

Alguno de ellos, subido en los hombros de otros dos, encendió la araña.

Se facilitaba el terreno.

La alfombra opuso resistencia.

Estaba clavada.

Pero se la desclavó al fin, y se la arrolló.

Apareció una gruesa capa de paja extendida sobre el pavimento de jaspes duros, y destinada á hacer más muelle la alfombra.

—A las mil maravillas,—dijo el conde:—esta paja empapará la sangre.

—Pero,—observó el baron de Pinto;—esa paja es ocasionada á una caída: este es un piso completamente resbaladizo.

—De todos modos,—dijo el conde,—las condiciones son iguales.

—Las acepto,—dijo el marqués de Arosa.

—En ese caso,—dijo el baron de Pinto,—nada hay que decir: terminemos.

Los respectivos padrinos colocaron en sus puestos á los dos adversarios, partiéndoles perfectamente la luz.

—Y bien, caballeros,—dijo el baron de Pinto;—desnudad vuestras espadas: ¡en guardia! partid, y cumplid con vuestro deber.

Empezó el combate.

Apenas se oía el ruido de las espadas.

El marqués, más vivo, más impaciente que el conde, acometía.

El conde, con una sangre fría admirable, paraba.

Por dos veces tuvo que rebatir la punta de su espada para que el marqués no se atravesase á causa de los resbalones.

Esta conducta era generosa.

Autorizaba al marqués para no tener piedad.

De improviso, y estando en firme el marqués de Arosa, el conde contestó á una estocada suya con un desarme, y se tendió á fondo.

Su espada entró un palmo en el costado del marqués.

Este se irguió en un movimiento nervioso, abrió los brazos, dejó caer la espada, hizo un esfuerzo para hablar, y cayó de espaldas sin haber podido pronunciar una sola palabra.

Los padrinos se arrojaron sobre él y le reconocieron.

En aquel momento espiraba el marqués.

—Asunto concluido,—dijo con su imperturbable sangre fria el conde, que limpiaba su espada con un puñado de paja;—podeis retiraros tranquilos, amigos míos: el pobre marqués se ha perdido, se ha deshecho en humo. Esto evitará un dolor desesperado á su querida, que le esperará algún tiempo, y una grave impaciencia á su hermano, que habrá de esperar los largos diez años prescritos por la ley.

Esta sangre fria era falsa, hija de la vanidad.

Una ostentacion de valor.

Al conde le dolia lo que acababa de hacer, y que habia hecho, sin embargo, con una decidida intencion, obligado por las absurdas leyes del honor.

Los padrinos se sentían dominados. *Vestido V—*

Se fueron silenciosos á la cámara de don Luis, le estrecharon uno tras otro la mano, y se despidieron de él.

El conde fué á la puerta de la cámara, y dijo á Baltasar:

—Péscame al momento al señor Benito Cascajares; que venga sin réplica alguna.

Baltasar se alejó murmurando:

—Han entrado cinco, y han salido cuatro: el que no ha salido ha sido el marqués de Arosa; los otros iban cariacontecidos y asustados... ¿Qué diablo irá á hacer mi amo con el muerto? ¿Para qué llama á ese señor Cascajares, cuyo solo nombre me carga? En fin, chiton. Los secretos de los amos hay que guardarlos, y mucho más cuando se trata de un amo tan bueno como el mio. ¿Y las espuelas?... ¿Dónde diablos habrá dejado mi amo sus espuelas, que luego han aparecido por casa de un platero?... En fin, bueno: chiton. Pero es cargante, terriblemente cargante que á un tan excelentísimo criado como yo, su señor excelentísimo le guarde secretos,

Y como en aquel momento, avanzando por una galería, viese cruzar por el fondo al insigne Cascajares, que, segun su costumbre, iba á escapé, se echó sobre él; le agarró, y le dijo:

—Sóis mio, señor Cascajares: mi amo os necesita.

Se tragó una nuez Cascajares, guñó violentamente el ojo, y dijo todo hoscó á Baltasar, en quien no tenia nada que respetar:

—Vuestro amo me quitará la vida: no me deja parar un momento... pero, en fin, vuestro amo es tal, que bien merece se le sirva con toda la voluntad del mundo. Vamos, vamos allá: ¡y en qué noche, Dios mío!—añadió siguiendo á Baltasar,—¡cuándo se nos ha echado encima el señor príncipe de Astúrias con un mundo de ojeadores, de cazadores, de gentiles hombres y de caballeros, á todos los cuales hay que aposentar! ¡Oh! ¡Esto es superior á las fuerzas humanas!

Llegaron en aquel punto, tan de prisa iban, al cuarto del jefe de parada.

Cascajares entró solo.

Baltasar se quedó paseando fuera de la puerta, á guisa de centinela.

El conde llevó á Cascajares á la recámara, abrió la puerta, y entró.

En el momento en que entró Cascajares, apenas pudo ver lo que allí habia, se encogió, se engarabitó, lanzó un jipido, y se echó á temblar como una liebre que se siente cogida por un perro.

—¡Vive Dios!—exclamó el conde;—señor Cascajares, el que ocupa una posicion tal como la vuestra, debe estar preparado á todas las contingencias.

—Secretó como este no se me ha confiado jamás en todos los dias de mi vida.

—Vamos, vamos pronto,—dijo el conde;—despejemos la consola; hagamos practicable esa salida, por donde debe desaparecer ese cadáver.

—¡Ah, señor conde, señor conde, señor conde!—exclamó Cascajares.

Y lanzó otro jipido.

Sacó fuerzas de flaqueza.

Ayudó al conde á despejar la consola.

Trepó luego á ella, y abrió el espejo.

Un nuevo jipido, más terrible, se escapó del pecho de Cascajares.

En la primera grada de la escalera, por su parte ascendente, porque aquella escalera descendia tambien, habia una dama desmayada.

Aquella dama era la princesa de Astúrias.



Para que el conde pudiese llegar á ella, Cascajares se habia puesto en el descenso de las escaleras. —Yo estirbo,—dijo para sí.—Si alíxava volver pronto de su desmayo, si es que ese desmayo es verdad: quitémos hilos de en medio; ahorremos el recargarlos de secretos peligrosos.

Y descendió por las escaleras hasta desaparecer. Aquellas escaleras calaban sin duda más abajo de los cuartos del palacio.

La princesa volvió en sí con un suspiro, y se asió convisiva á don Luis.

Capítulo XI.

De como el conde de la Salmedina conoció que Margarita era mucho más misteriosa que lo que lo parecia.

El conde saltó á la consola, y acudió á la princesa.

Para que el conde pudiese llegar á ella, Cascajares se habia puesto en el descenso de las escaleras.

—Yo estorbo,—dijo para sí.—Su alteza volverá pronto de su desmayo, si es que ese desmayo es verdad: quitemos bultos de en medio; ahorremos el recargarnos de secretos peligrosos.

Y descendió por las escaleras hasta desaparecer. Aquellas escaleras calabán sin duda más abajo de los cimientos del palacio.

La princesa volvió en sí con un suspiro, y se asió convulsiva á don Luis.

Se habia desmayado de veras.

—¡Ah!—exclamó:—¿eres tú? Sí, eres tú: yo no he podido resistir; el chocar de las espadas era para mí horrible; senti una agonía insoportable... y luego nada. ¿Le has matado?

—Sí; pero vuélvete, vuélvete á tu cámara; tú no debes ver eso; es horroroso. Lo siento, pero ha sido imprescindible; no habia medio de evitarlo.

—Nuestro amor ha sido sellado con sangre, Luis,—exclamó la princesa;—pero ¡ah! ¿qué es esto? ¿quién nos observa?

—¿Qué?—exclamó cuidadoso el conde.

—He sentido un ruido semejante al del roce de un traje de mujer cerca de nosotros.

—¡Ah! ilusion; la violenta excitacion de tus nervios,—dijo el conde, á quien se ocurrió la idea de Margarita.—¿Quién conoce este pasadizo secreto más que Cascajares y su mujer? ¿Y cómo creer que la Eduvigis se atreviese?...

—Sí, sí; es verdad,—dijo la princesa:—mi fantasia; estoy aterrada: no te olvides, conde, no te olvides; entre nosotros hay ya un secreto de sangre.

—¿Por qué desconfiar de mí?—exclamó el conde.

—Yo no sé, yo no sé; pero á pesar de todo, creo que no me amas lo bastante... ¡Ah! perdóname: mi fantasia siempre... Pero yo estoy enferma, yo no puedo permanecer aquí. Además de esto, el príncipe mi señor está en palacio. Yo creí que se quedaria como otras veces en la hospederia del Cristo del Bosque.

Acompáñame; dame tu brazo, conde: sólo hay que subir cuarenta escalones.

El conde dió el brazo á la princesa.

Apenas si cabian por la estrecha escalera.

La princesa contaba los peldaños.

Iban á oscuras.

Al llegar al escalon número cuarenta, la princesa se detuvo.

—Adios,—dijo:—es necesario que pases como gentil hombre á mi cuarto: esto es insoportable, y es necesario que concluya. Adios, hasta entonces: es necesario ser prudentes.

El conde oyó un crugimiento.

Luego el roce del traje de seda de la princesa.

El mismo crugimiento despues.

Indudablemente se habia abierto y se habia cerrado una puerta.

El conde palpó y encontró la pared fria y lisa.

—¡Oh! ¡gracias á Dios,—dijo,—que por algunos dias estoy libre!

—Dios sabe,—dijo una voz dulce y triste entre la oscuridad,—lo que habrá acontecido antes de que pasen esos dias.

Era la voz de Margarita, que al mismo tiempo se asia al brazo del conde.

—¡Silencio!—dijo éste:—no sabemos si estas misteriosas paredes tienen oidos. Descendamos. Afortunadamente tenemos la otra recámara.

Al llegar á la consola vieron á Cascajares de pié, inmóvil, engarabitado, alargando el cuello y miran-

do de una manera espantada el cadáver del marqués de Arosa.

—¡Ah! ¡el miserable!—dijo Margarita, dando muestras de una fuerza de espíritu que no habia podido adivinar en ella don Luis.

Y bajó de la consola al suelo.

—Rodee, rodee vucencia por la paja seca, señora,—dijo Cascajares, que á pesar de su situacion estaba en todo.—Es necesario que vucencia no se manche de sangre: la sangre es pegajosa.

Margarita y el conde rodearon y salieron.

Entraron en la otra recámara.

Poco despues volvió el conde.

—Y bien, ¿qué hago yo áhora, excelentísimo señor?—dijo Cascajares.

—¿Adónde conduce el descenso de la escalera?—preguntó el conde.

—A una mina.

—¿Y adónde conduce esa mina?

—A una cloaca que da sobre el Manzanares.

—Pero esa mina estará cerrada por una puerta secreta.

—Indudablemente, señor: por un sillar que no se ha abierto allá desde los tiempos del señor rey don Felipe V, y que sabe Dios cómo tendrá los resortes.

—¡Ah! pues hemos resuelto la situacion,—dijo el conde:—os doy dos horas para que quiteis de en medio ese cadáver, para que repongais esta habitacion en el estado en que se encontraba, y contad con mi agradecimiento.

—Y bien, si...—dijo Cascajares.—Suceda lo que quiera, yo me pongo malo y no me doy á luz hasta mañana por la mañana: que me dispense el acompañamiento de su alteza; que se compongan como puedan. ¡Qué noche, señor, qué noche! ¡Y qué secreto!

El conde salió y cerró la puerta de la recámara.

Afianzó la mampara de la cámara.

Luego entró en la otra recámara.

Margarita estaba sentada en un sillón, pálida, triste, conmovida.

Sin embargo, aparecía algo de fiero en su mirada.

Se comprendía que la sangre la repugnaba, pero que no la aterraba.

—Y bien,—dijo al marqués;—esto ha sido preciso; las liviandades de esa mujer te han obligado á matar á ese hombre; pero ella ha dicho bien: desde hoy os une á los dos un secreto de sangre. Y;

—¿Acaso no me une á tí otro secreto de sangre? ¿Acaso el marqués de Letour no ha perecido también?

—¡Oh, qué noble y qué valiente eres, mi don Luis, y cuánto te amo!—exclamó Margarita.

—Olvidémonos de esos dos miserables, olvidémonos de Maria Luisa, olvidémonos de todo lo que no sea nuestro amor.

—¡Oh! No debemos olvidarnos de nuestra seguridad,—dijo Margarita;—yo estoy resignada á todo; yo he nacido para la desgracia; pero el sólo pensa-

miento de una desgracia tuya me aterra; me acusaría de ella, don Luis.

—¿Acusarte tú de una desgracia mia sobrevenida por los acontecimientos de esta noche, amor mio?— exclamó con el acento de una pasión delirante el conde.

—¡Oh, si! Si tú no me hubieras encontrado, no hubieras tenido necesidad de buscar un lugar donde ocultarme, no hubieras venido á palacio, no hubieras sabido que María Luisa había mandado retirar los centinelas del postigo del jardín, ni tú ni tu amigo hubiérais sentido curiosidad de conocer la causa de la retirada de los centinelas; no hubieras ido al jardín, no te hubieras encontrado con María Luisa, no serias ahora su amante.

—¡Ah! ¡Celos, Margarita!—exclamó con un triste y dulce acento de queja don Luis.

—¡Celos! ¡Oh, no!—exclamó con una altiva dignidad Margarita, y al mismo tiempo con una hechicera confianza;—yo no puedo tener celos de una intimidad semejante: una mujer que engaña á su marido y se pone en ridículo, infamándose á si propia y manchando el nombre de sus hijos, no puede ser amada por un hombre capaz de amarme á mí; yo no puedo tener celos de un materialismo tan despreciable; yo no pienso en eso, yo no pediré jamás cuentas á tu corazón; sé que es mio, completamente mio.

—¡Ah, Margarita de mi alma!

—¡Sí, Margarita de tu alma!—dijo la jóven, envolviendo en una mirada irresistible al conde.—Si yo

siento una especie de desesperacion por haber sido la causa de la situacion en que te encuentras colocado, es porque la muerte de ese hombre puede traer sobre tí consecuencias terribles; no sabemos: es necesario averiguar si la intriga que le ha costado la vida era un lazo traidor que te tendia por sí mismo, ó si en esto ha tomado parte la compañía.

—¿Qué compañía?

—La sociedad.

—¿Pero qué sociedad es esa?

—Yo no lo sé.

—Y perteneces tú á ella?

—Sí; me la hizo conocer ese hombre; pero ella no sabe que ese hombre se habia convertido en mi verdugo, en mi tirano.

—¡Oh! necesito saber quién era ese hombre.

—Lo que yo sé de él,—dijo Margarita,—es muy incompleto; pero para llegar á él, y empezando, como se debe, por el principio, es necesario que yo et cuente mi historia; para hacerte inteligible mi historia, seria necesario te contase la de mi madre; pero yo no la conozo; creo que tendremos tiempo.

—Sí,—dijo don Luis;—Maria Luisa se ha ido espantada y enferma; y además, nadie entrará en la habitacion anterior á esta sin que se me avise; tengo á la puerta un centinela que no se dormirá, un criado admirable.

En aquel momento sonó un golpe récatado á la puerta del gabinete.

—¡Ah!—exclamó Margarita sobresaltada.

—Debe ser Baltasar,—dijo el conde,—que venga á avisarme no sé de qué, porque cualquiera de mis oficiales que viniera á verme á estas horas seria inoportuno.

El conde fué á la puerta.

—¿Qué sucede?—preguntó sin abrirla.

—Que no puedo sólo, excelentísimo señor,—respondió la angustiosísima voz de Cascajares.

—Pues yo habia dejado encerrado á éste,—exclamó el conde;—¿cómo diablos ha salido?

Y abrió.

Capítulo VII.

De qué manera un turbillon puede hacer que desaparezca un cadáver.

Cascajares estaba solo, en mangas de camisa, y remangadas estas.

—Perdone vucencia, —dijo, —si me atrevo á presentarme de una manera tan poco conveniente; pero la faena en que me encuentro... y es que yo no puedo solo, imposible, de todo punto imposible... tengo necesidad de que se me ayude.

—Pero ¿cómo habeis llegado hasta aquí, si yo os dejé encerrado en la otra recámara?

—Es, excelentísimo señor, que las puertas de palacio me conocen, y se abren delante de mí.

—¡Ya!

—Pues si, señor. Yo tengo un medio de abrir todas las puertas de palacio.

—¡Una llave maestra!

—No señor: todas las cerraduras de palacio tienen un resorte secreto, que excusa una llave, tanto para abrir como para cerrar.

—¡Ah! de ese modo...

—Pues, sí, sí, excelentísimo señor: yo no puedo solo; ese caballero pesa mucho: he querido apelar á mi mujer; la he buscado, he subido, la he manifestado mi difícil situación y la necesidad que tenia de su ayuda, y... ¿sabe vucencia, señor, lo que me ha contestado? ¿Sabe vucencia, señora, lo que mi mujer ha hecho? Se me ha declarado en abierta rebeldia; pero de una manera humilde, guardando la forma, porque mi mujer no faltará á la forma por nada. Se ha echado á mis piés, y me ha dicho, poniéndose en cruz:

»—Benito de mi alma, mátame, destrúyeme, aniquilame; pero no me obligues á que ande con muertos: esto me mataria de horror.

—¿Y qué hacer, excelentísimo señor, qué hacer? Yo he visto claramente que Eduvigis lo arrostraria todo antes que prestarse á la necesaria ayuda que yo vengo á impetrar; además, mi mujer es pequeña, muy poco á propósito para un servicio tal, y en cuanto á fuerzas sólo las tiene en la inteligencia: he tenido el honor, señor excelentísimo, excelentísima señora, de exponer á vuestras excelencias mi difícilísima situación, y aguardo órdenes.

—¿Por dónde vais á sacar ese cadáver?—dijo el conde.

—¿Por dónde, excelentísimo señor, sino por la mina que acaba en la cloaca que se vierte en el río?

—¿Tiene mucha longitud esa mina?

—Lo que hay de aquí al río, excelentísimo señor.

—Es decir, ¿un tiro de fusil?

—Algo más, algo más, excelentísimo señor, porque la mina sesga, y forma con la linde del río un ángulo muy agudo, una especie de cuchillo: tres tiros de fusil muy largos.

—En recorrer esa distancia, podrá invertirse...

—Un cuarto de hora á lo más, y esto por la carga; pero si la persona que me ayude es de grandes fuerzas...

—No se hable más de esto; en un cuarto de hora, y aun suponiendo media hora, será muy raro sobrevenga ningun accidente; yo os ayudaré, señor Cascajares.

—¿Cómo! ¡Vuecencia, excelentísimo señor!—exclamó Cascajares, fingiendo un profundo asombro.

—¿Pues quién diablos quereis que os ayude?—contestó con impaciencia el conde.—¿Quereis que se meta una persona más en el secreto?

—Yo creo que el ayuda de cámara de vuecencia sabe que han entrado cinco caballeros, y que no han salido más que cuatro.

—De eso se desprende que sabe que uno se ha quedado aquí; pero de que se haya quedado aquí no se puede deducir que se haya quedado muerto; sobre todo, me parece, señor Cascajares, que os permitís hacerme observaciones.

—¡Ah! Es para mí verdaderamente una desgracia que vuecencia me haya creído capaz del desacato de permitirme la más leve observacion; yó protesto...

—No perdamos el tiempo; vamos allá, señor Cascajares.

—Sin que sea visto que yo me atreva á hacer la más leve observacion, la inflexible ley de las consecuencias me obliga á decir aún...

—Decid.

—Va á ser, yo creo, yo lo considero así, sin saber si me equivoco ó no, va á ser absolutamente imposible conducir á ese señor á oscuras.

—¡Cuerpo de tal!—exclamó el conde.—¡Otra dificultad!

—En efecto, excelentísimo señor; si yo llevo ocupadas las manos, una en cada pierna del muerto, no concibo la manera de llevar tambien en la mano una luz; podia llevarse una linterna enganchada á la cintura, podia llevarse un farol colgado del cuello; podia llevarse en la cabeza un gorro candelero, donde podian colocarse, no digo yo una bujía, sino un hacha de viento; pero es el caso, que como este caso no estaba previsto, excelentísimos señores, no hay ni linterna de gancho, ni farol, ni casquete candelero, sino pura y simplemente una palmatoria con una bujía.

—La dificultad no existe,—dijo Margarita.

—¡Cómo!—exclamó el conde.

—¡Vuecencia, excelentísima señora!—dijo con el

acento del más solemne asombro, del más grande escándalo, Cascajares.

—Me parece que vos, señor conde, que vos, señor Cascajares, os permitis hacerme observaciones: lo que importa, lo que es necesario de todo punto, es sacar de aquí á ese desgraciado, y no aumentar el número de las personas que conocen el secreto: es necesario plegarse á las circunstancias: yo soy compasiva, pero á la par tengo el corazón fuerte; vamos pues, no perdamos el tiempo, que ahora más que nunca es precioso.

Y Margarita salió de una manera decidida de la recámara, atravesó la cámara, y empujó la puerta de la otra recámara, que Cascajares había dejado solamente encajada.

El conde había reconocido la fuerza de la situación, y había seguido á Margarita.

La jóven se agrandaba cada vez más á sus ojos; le enamoraba más.

Margarita se encontraba en una nueva y grande prueba, y la vencía.

Cascajares iba detrás murmurando para sí:

—Ya lo sabía yo: esto era necesario: nadie más que ellos están interesados en que se guarde el secreto. ¡Oh, las pragmáticas! «Todo individuo de mis reales ejércitos que se permita batirse en duelo, será arcabuceado.» Yo no sé si éste es exactamente el texto; pero el espíritu es el mismo: ¡cómo se ha de exponer el conde á que le arcabuceen, ni cómo no ha de contribuir ella á evitar que él sea

arcabuceado! Pero, ¡qué mujer, señor, qué mujer!

Cascajares, en su pensamiento íntimo, se excusaba, como se ve, el tratamiento, y llamaba sin temor alguno á Margarita mujer.

Si hubieran podido oírle, hubiera sido otra cosa.

Sobre todo, Cascajares no se hubiera atrevido á manifestar delante de ellos este pensamiento.

El espectáculo que se presentó á Margarita en cuanto entró en la recámara, era horrible, duramente conmovedor, repugnante.

El cadáver había sido arrastrado hasta la consola. Tenía la cabeza y parte de la espalda en el suelo, y las piernas para arriba, apoyadas en la consola y sobresaliendo de su tablero de mármol.

Se comprendía que Cascajares había procurado tirar de él, suspenderle, meterle por aquella negra abertura.

Esto no le había sido posible.

El semblante del cadáver tenía una expresión fatídica.

Parecía como que amenazaba, como que protestaba.

—La sangre es siempre sangre,—murmuró Margarita:—no hay razón, por fuerte que sea, fuera de la defensa legítima, que disculpe el derramamiento de una sola gota de sangre humana... ¡Esa mujer!...

Margarita, á pesar de este pensamiento, no mostraba la más leve vacilación.

Tomó la palmatoria que estaba sobre uno de los extremos de la consola.

—Desembarazad la mesa de ese pobre cuerpo,— dijo;—necesito subir.

Y su voz era firme y vibrante.

Voz de leona, si se nos permite la frase.

La pasión del conde creció.

El asombro de Cascajares llegó á lo infinito.

Tuvo vergüenza, á pesar de ser un hombrecillo, de tener el alma ménos fuerte que una mujer.

Asió bruscamente los piés del cadáver, y lo apartó de la consola arrastrándole.

Dejó caer las piernas del muerto.

Estas produjeron un sonido sordo, extraño, horrible, al caer sobre el pavimento encharcado de sangre.

Margarita y el conde habian rodeado por donde estaba seco.

Pero Cascajares (nos habíamos olvidado de decirlo) tenia sus blanquísimas medias completamente rojas hasta por encima de los tobillos.

La sangre es muy pegajosa, y particularmente, no sabemos por qué, tal vez porque el que anda con ella se fascina y comete torpezas, es mucho más pegajosa.

Cascajares tenia tambien sangre en las manos y en los brazos.

El conde arrimó una silla á uno de los lados de la consola, y Margarita subió.

El señor Cascajares volvió á arrastrar el cadáver junto á la consola, y puso sus piernas pára arriba.

El conde fué á asirlo por debajo de los brazos.

—¡Ah! Permitame vucencia, señor conde,—dijo Cascajares:—si vucencia le coge por ahí, se va á manchar, está pringando este caballero; pero su capa está ahí, en aquel rincón, ó á lo ménos ahí hay una capa y un sombrero; hágame vucencia el favor de la capa y del sombrero; no deben quedarse aquí: el sombrero, habida la vénia de vucencia, me lo pondré yo; en cuanto á la capa, servirá de saco para conducir á este señor.

Obsérvese que Cascajares no llamaba al difunto ni muerto ni cadáver.

Esto le parecia al minucioso palaciego una especie de acusacion al conde.

—Teneis muy buen ingenio, señor Cascajares,—dijo el conde;—me parece muy bien eso de convertir la capa en un saco.

—Infinitas gracias, excelentísimo señor: en efecto; yo enrolló á este caballero en su capa, retuerzo los dos extremos, de donde el saco: luego vucencia tiene la dignacion de agarrar el uno de los extremos; y me tomo la libertad de agarrar otro y de ayudar á vucencia... digo, no... de permitirme que vucencia me ayude... no, no, tampoco: en fin, ya comprende vucencia.

Cascajares no queria decir nada que pudiese ser una palabra comun, que pusiese en una situacion igual á la suya al conde.

—Pero para llegar á ese objeto,—añadió,—es decir, á esa especie de saco, es necesario poner sobre la consola á este señor.

El conde se subió á la consola.

Para esto fué necesario que Margarita entrase en el hueco de la escalera.

Durante estos repugnantes, estos horribles detalles, la jóven habia mantenido inalterable su sangre fria.

Entre el conde y Cascajares, asido cada uno á una pierna del cadáver, lo izaron con suma facilidad hasta la mesa.

Margarita, para dejarles espacio, tuvo que bajar algunas gradas de la escalera.

—Importa poco que yo me tiña más, porque ya estoy bastante teñido,—dijo Cascajares, extendiendo sobre el cadáver la propia capa en el sentido de punta á punta;—pero eso no importa, la sangre se lava.

Y Cascajares, con un aplomo y una serenidad de que no se hubiera creido capaz á un hombrecillo como él, se puso á envolver en la capa el cadáver.

Entre tanto decia:

—Sí, la sangre se lava; pero lavad con agua una prenda que se ha manchado de sangre humana: todo el agua y toda la lejía del mundo no bastan para hacerla desaparecer: ¡oh, no! la sangre humana salta siempre en las ropas que ha teñido: lavad esas prendas en fuego, y así habreis borrado completamente la mancha.

Parecia como que Cascajares hablaba consigo mismo, olvidado de que le oian.

Su voz era hueca y fatídica.

Y entre tanto seguía envolviendo al cadáver.

Margarita sintió una violenta cripatura de nervios al oír aquellas palabras de Cascajares.

Le parecía que en él asomaba el asesino.

Que su conciencia, sublevada á la vista de la sangre humana, sobreponiéndose en él por un momento á todo, le denunciaba.

Cascajares, despues de estas palabras, siguió envolviendo el cadáver en silencio.

Quando estuvo envuelto, retorció los dos extremos sobrantes de la capa.

Aquella capa era roja, á la moda de aquel tiempo.

Todos estos detalles eran sombríos.

El conde sentía en el corazón algo semejante á la impresion del miedo.

El hombre no vierte en vano la sangre del hombre, cuando el móvil han sido la vanidad y la cólera.

La caridad y la justicia no reconocen el ódio ni la saña, y el hombre no contraría jamás en vano los eternos principios de la justicia y de la caridad.

La conciencia en los seres que sienten de una manera recta, es un juez inevitable.

Margarita tenía oprimido también el corazón.

Sus amores con el conde se bautizaban doblemente, y de una manera terrible, con sangre.

—Excelentísimo señor,—dijo Cascajares, que se había repuesto de su olvido de un momento, y hablaba con la voz segura,—el saco está hecho.

El conde asió con ambas manos el extremo del
lio que correspondia á la cabeza.

Cascajares, el que correspondia á los piés.

Margarita empezó á descender.

Cascajares siguió inmediatamente unido al con-
de, por aquella terrible solucion de continuidad.

El peso era completamente tolerable.

Así descendieron cincuenta peldaños.

Al fin empezaron á avanzar con cuánta rapidez les
permitia el peso que soportaban, por una estrecha
mina de piedra, de bóveda muy baja.

Hacia en aquella mina un frio intenso, y la hu-
medad mojaba.

De tiempo en tiempo se veian obligados á dete-
nerse y á descansar un momento.

No se hablaba una sola palabra.

La situacion habia acabado por dominarlos á todos.

Al fin, á la media hora de marcha Margarita se
detuvo.

La mina se detenia allí, cortada por un gran
sillar.

—Hemos llegado á la salida secreta de la mina,
á la cloaca,—dijo Cascajares, dejando el muerto en
el suelo;—veamos si los resortes obedecen.

Y sacó del bolsillo de sus calzones una llave
de punzon.

Sin duda con aquel punzon habia abierto la puer-
ta de la recámara donde el conde le habia dejado en-
cerrado.

—¡Ah! ¡Si! ¡Bien!—dijo despues de un ligero es-



MOTIN DE ESQUILACHE.—Así descendieron cincuenta peldaños.

fuerzo.—Yo tengo mucho de cerrajero; hé aquí que la puerta se abre.

En efecto; aquel enorme sillar empezaba á girar.

Muy pronto una fria ráfaga de viento penetró por la abertura, que se fué ensanchando.

Al mismo tiempo se oyó un ruido poderoso y atornador.

El del turbillon de una gran corriente.

El Manzanares venia aun muy crecido á consecuencia de su reciente avenida.

La corriente penetraba en la cloaca, se revolvia, bramaba, retronaba, formaba, en fin, un turbillon espantoso é hirviente.

La espuma saltaba hasta la entrada de la mina.

—¡Ah! El rio nos ayuda,—exclamó Cascajares.

Y asiendo la parte retorcida de la capa correspondiente á la cabeza del cadáver, le volteó y le arrojó al turbillon, que le tragó.

Margarita sintió algo terrible.

El conde se cubrió de sudor frio.

Por su parte, Cascajares arrojó el sombrero al turbillon con la misma sangre fria que habia arrojado el cadáver.

Con este habia ido su espada, restablecida en la vaina por Cascajares.

Despues Cascajares buscó en el lado derecho de la salida de la mina otro resorte, y el enorme sillar volvió á girar lentamente, y al fin se oyó un fuerte chasquido.

—Vuestras excelencias están servidos en lo prin-

cipal,—dijo Cascajares.—Adivina quién te dió: ni estas piedras ni el río hablarán; lo demás es de todo punto fácil; dentro de una hora el teatro de este secreto habrá sido completamente restablecido en su anterior estado.

Margarita y el conde, seguidos de Cascajares, desandaron rápidamente el camino.

—Yo tendré el honor de avisar á vuecencias cuando todo esté concluido,—dijo Cascajares.

Margarita y el conde pasaron á la otra recámara.

Cuando estuvieron encerrados en ella, el conde, que estaba pálido como un cadáver, dijo:

—Esto parece un sueño.

—¡Oh! No,—exclamó Margarita;—esto es que nuestros amores empiezan de una manera terrible.

Capítulo XIII.

Historia de Margarita.

Los dos amantes permanecieron mirándose en silencio durante algunos segundos.

—¿Te acuerdas?—dijo Margarita.

—¿De qué?—preguntó el conde.

—De la manera extraña con que ese hombrecillo dijo, como hablando para sí, se deben hacer desaparecer de las prendas las manchas de la sangre humana.

—¡Oh! ¡Sí!

—Ese hombre es un asesino, Luis mío.

—Los que sirven demasiado inmediatamente á los reyes,—dijo el conde,—deben servir para todo; cuando los reyes no son tiranos, son débiles, y los favoritos ejecutan la infamia y el crimen en su nombre.

—¡Ah! ¡Tener sangre de reyes, es tener sobre sí una maldicion; más aún, llevar nuestra maldicion á los que nos aman! ¡Oh! Yo siento algo semejante al remordimiento.

—¿Por qué, ángel mio?

—Mi amor es ya funesto para tí.

—Siéntate, amor mio, aquí, al lado de la chimenea; estás helada como el mármol.

—¡Oh! Todo eso ha sido horrible.

—Sí,—dijo el conde;—cuando se mata con la ira en el corazon, cuando se extermina á un hombre que nos ha ofendido, creemos que todo está terminado; es más, sentimos una alegría salvaje; pero despues... ¡oh! yo creo que me he dejado dominar por el efecto de todos esos lúgubres detalles; ¡oh, y cómo le tragó aquel hervidero!

—¡Miserable mujer!—exclamó Margarita.

Sobrevinieron algunos momentos de silencio.

—Es extraño,—dijo el conde;—no siento por haber matado al marqués de Letour el más leve pesar.

—Es que le has matado defendiéndote y defendiéndome,—dijo Margarita.

Volvió un nuevo silencio.

—¿Quieres contarme tu historia, Margarita mia? Esto nos distraerá de esas malas impresiones.

—Con otras no mejores,—dijo Margarita;—pero, en fin, ello debe ser; yo no puedo tener para tí secreto alguno. Oye: la historia que vas á oír es muy sencilla: la de un secuestro incomprensible.

Margarita se recogió en sí misma, permaneció

durante algunos minutos pensativa, y luego, alzando la cabeza y posando una mirada intensa en el conde, empezó de esta manera:

—Sí, mi vida es muy sencilla: hasta los doce años viví en el convento de las Ursulinas de Paris.

Mis primeros recuerdos no pasan de aquel claustro gótico.

De aquella extensa y bellísima huerta.

La señora de Maison Neuve, religiosa de las Ursulinas, estaba encargada de mí.

Era excelente!

Yo la amaba como una madre, y fué un gran dolor para mí el separarme de ella.

No sé más que por lo que me ha dicho De Armagnac, lo que ha sido de ella.

Mis últimas noticias eran, que vivía valetudinaria y triste en su clausura.

A mí se me había educado como se educa á las grandes damas.

Se me habían dado profesores de toda especie.

Se había procurado, en fin, cultivar mi inteligencia.

Entre mis profesores, había uno de lengua italiana y otro de lengua española.

De modo que yo hablo con la misma facilidad el francés, el italiano y el español; pero siempre, sea cualquiera de estas tres lenguas la que hable, se nota en mí, como lo ves, un ligero acento extranjero.

¿A cuál de estas tres naciones pertenezco yo?

Lo ignoro.

Yo he ignorado siempre todo lo que se referia á mi existencia.

Si sé que el hombre terrible de que me has liberado, matándole, se llamaba Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio, es porque tú me lo has dicho.

Hasta entonces, yo no conocia ni el nombre, ni la posicion de ese hombre.

Desde el momento á que alcanzan mis recuerdos le conozco, y á una dama hermosísima, incomparable, como de cuarenta años, pero llena de una juventud vigorosa.

Era morena, densamente morena.

Pero era un moreno irresistible, encantador.

Como el de las hijas de las montañas de Italia.

Tenia los ojos grandes, rasgados, enormes, dulces, cariñosos, magnificos y negros, con un negro intenso y luminoso.

Era simpática de una manera excesiva, y la hacia adorable la suprema armonía de sus formas.

Vestia siempre con gran lujo y con gran riqueza, á vueltas de una perfecta sencillez.

No he visto nada más elegante.

Debía ser la esposa de De Armagnac.

Iban siempre juntos, é infaliblemente dos veces por semana.

Pasaban junto á mí una hora.

Me dejaban siempre con hambre de volverlos á ver.

Yo habia querido saber quiénes eran, desde que llegué á lo que puede llamarse uso de razon.

Pero la dama sonreia, movia la cabeza, me besaba en la boca de una manera suspirante, y me decia: —¿Y qué te importa quiénes nosotros seamos, si te protegemos? Sé estudiosa; aprovecha la educacion que se te da, y no pretendas saber quiénes somos, ni quién eres tú: lo sabrás un día.

Si preguntaba llena de ansiedad á la señora de Maisson Neuve, ésta me respondia tristemente:

—Es un secreto que no puedo revelaros, hija mia: básteos saber que ese caballero y esa dama no son vuestros padres, sino vuestros protectores.

—Es muy triste, Luis, no saber quiénes nuestros padres han sido.

De dónde venimos.

Adónde vamos.

Esto determina ya en la infancia la soledad del alma.

Esto influye en nuestro carácter, sobre nuestra alma.

Esto nos hace un sér aparte.

Un sér excepcional.

Esto, á medida que nuestra razon se madura, se nos hace más doloroso, más terrible.

¿Cuál es el misterio que nos envuelve?

¿Qué desgracias, qué cosas extraordinarias han determinado aquel misterio?

¿Cuál es nuestro porvenir?

En nuestra alma se establece un terror vago, y la continuacion del sufrimiento, y aun pudiera decirse que del martirio, nos hace excesivamente fuertes.

Templa nuestra alma.

Cuando cumplí los doce años (la única cosa que yo sabia de mí era la edad que tenia y que me llamaba Margarita), fué á verme por la primera vez solo Godofredo de Armagnac.

Me anunció, que habiéndose completado mi educacion, quien podia determinarlo habia dado orden para que saliese del convento, y debia prepararme para partir al punto.

Este fué un gran dolor para mí.

Yo amaba aquel cláustro sombrío,

Aquella celda sévera.

Aquella deliciosa huerta, donde habia corrido y jugado desde mi infancia.

Su viejo jardinero, que me contaba cuentos de hadas y leyendas maravillosas, dos grandes perros, viejos ya, los ánades, los cisnes, los patos.

El reducido mundo en fin, único que yo conocia.

Era necesario abandonar aquello, é ir no se sabia adónde.

La señora de Maisson Neuve lloraba.

Me amaba como á una hija.

Más aún que á una hija, porque el amor de las monjas por las niñas que educan, es el amor de los amores.

Comó que tienen concentrada el alma en la soledad, en la oracion, en el ascetismo, en ideas, en fin, de que tú no podrias darte cuenta.

Era la caida de la tarde.

Se preparó mi maleta y partimos.

Nos conducía un gran carruaje cerrado que había penetrado en el patio de honor del convento; como si dijéramos, en un átrio.

Yo no había visto al entrar en el carruaje el mundo exterior.

Una vez dentro del carruaje, nada ví tampoco.

Estaban corridas sobre los cristales unas espesas cortinas.

Lloraba yo, y De Armagnac me consolaba.

—Vas á vivir entre una naturaleza riente,—me decía:—basta ya de convento; estás muy desarrollada, eres excesivamente apasionada, y en el convento hubieras enlanguidecido.

Nuestro viaje duró, sin detenernos, sin que yo saliese del carruaje, sin que viese alguna vez cuándo lo abrían para servirnos la comida, ó cuándo salía de él por algunos momentos, más que un paisaje solitario, agreste unas veces, encantador y pintoresco otras.

Al fin, una mañana, al amanecer, el carruaje se detuvo.

De Armagnac me había anunciado que aquel amanecer llegaríamos al mar, y nos embarcaríamos.

Yo no había visto el mar más que en láminas y cuadros.

Ansiaba verle realmente.

Considera cuál sería mi sorpresa, Luis, cuando sali del carruaje y ví la inmensa extension del Océano, que parecía de plata, emblanquecida por la luz del alba.

Las olas venian á romperse blandamente en las rocas de la costa, que eran caprichosas, accidentadas, y estaban enmohecidas por el musgo blanquecino de miles de años.

Las gaviotas revolaban, tocando con sus alas las olas al pié de las rocas.

Cerca se veía un buque que se balanceaba.

Muy pronto se destacó de aquel buque un bote, que se dirigió á la pequeña playa, encerrada entre rocas, en que nos encontrábamos, y poco despues embistió en la arena.

Los marineros eran griegos.

Yo conocia por dibujos su traje.

Todos pertenecian á ese hermoso tipo antiguo que ha conservado Grecia.

Fuimos trasportados al buque, y entramos en una cámara que se cerró tras de nosotros.

La navegacion duró muchos días.

Yo no he sabido por qué dimos aquella inmensa vuelta.

Yo conocia la geografía, y no pude ménos de reconocer el estrecho de Gibraltar cuando pasamos por él.

Ocho dias despues desembarcábamos en otra playa solitaria erizada de rocas.

Nos esperaba otro carruaje cerrado.

Caminamos en él durante tres dias, sin que yo viera el país sino en lugares solitarios.

Al fin, el coche se detuvo definitivamente.

Segun me habia dicho De Armagnac, debíamos

llegar á una quinta-castillo, situada en una montaña, en un país cuyo nombre no me dijo.

Quando bajamos del carruaje, nos encontramos en un pequeño valle circular, en el centro del cual habia una gran roca, en cuya extensa plataforma se alzaba un grupo de torres góticas, denegridas por el tiempo.

Un extenso muro parecia cercar el parque.

Fué necesario un penoso ascenso para llegar al castillo.

A la puerta de él encontramos á la hermosa dama que yo creia, y creo aún, la esposa de De Ar-magnac.

El castillo era una especie de palacio antiguo, en el cual se habian habilitado algunas habitaciones al gusto moderno.

El resto estaba abandonado.

El eco repetia los pasos cuando se andaba por aquellos salones tétricos, por aquellas largas y abandonadas galerías.

En los primeros dias, yo lo escudriñé todo.

Me encantaba deslizarme por aquellas estrechísimas escaleras de caracol.

Subir á las plataformas, sentarme entre dos alme-nas, y ver desde allí el marco de montañas que rodeaban el valle.

Por una abertura de estas montañas se veia á lo lejos una cumbre altísima.

Yo no tenia duda de que estábamos en los Alpes.

Aquella altísima cumbre era sin duda la de Montblanc.

Durante cuatro años la hermosa señora permaneció con nosotros.

Al fin, un día, y sin que se hubiera despedido de mí, desapareció.

Yo experimenté un nuevo dolor.

Amaba á aquella hermosa señora, que á su vez me trataba con la solicitud de una madre.

Pregunté por ella á De Armagnac, y me dijo:

—Ha sido necesario que se separe de nosotros: un día la volverás á ver.

—¡Un dia!...

Es decir, que debia pasar mucho tiempo antes de verla de nuevo.

Y ese tiempo, don Luis, no ha llegado aún.

Yo la recuerdo íntimamente.

Yo siento que esa señora no sea mi madre.

¡Ah!... Si ella fuera mi madre, mi suerte seria otra.

De Armagnac se ausentaba á veces por temporadas de seis meses.

Yo quedaba sola confiada al viejo Mateo y á María su mujer.

Estos eran los únicos criados que teníamos, y yo los habia encontrado siempre impenetrables á mis preguntas.

No habia que dudarlo.

Yo estaba completamente secuestrada, y no tenia medio de romper mi secuestro.

La quinta-castillo en que me encontraba estaba sin duda en un lugar desierto.

Aquel no era camino para ninguna parte.

Ni aun para los cazadores.

Yo no recuerdo haber visto allí ningun sér humano más que los que me acompañaban.

Así pasaron cuatro años.

Un dia, recientemente, hace tres meses, cuando yo acababa de cumplir mis veinte años, De Armagnac me anunció que debíamos emprender un nuevo viaje.

Un amanecer entramos en un coche.

Tres dias despues nos embarcamos.

A los ocho dias saltamos en tierra en una playa desierta.

Entramos en nuevo carruaje.

Ocho dias despues llegábamos por la noche á la quinta en que me has encontrado.

En ella, desde sus ventanas, veia yo, sí, pasar con frecuencia gentes cuyo traje no conócía.

Oia muy cerca sonido de campanas.

Algunas veces, allá, desde el monte, el viento me traia el eco de las sonatas de caza.

No se me encerraba, porque se sabia que yo no pretenderia escaparme.

Mateo y María continuaban siendo nuestros únicos servidores.

El interior de la quinta es muy bello, muy rico, muy elegante.

Un pequeño palacio.



Ya has tenido ocasion de juzgar de él.

El jardin es extenso y bellissimo.

Algunas noches, muy tarde, mientras yo reposaba, sentia un sordo ruido de pasos de muchos hombres.

Pregunté acerca de esto á De Armagnac.

—¡Ah!—me dijo.—¿Has reparado en ello? Pues bien, no importa; de todos modos debias saberlo: no hemos venido aquí á otra cosa: yo tengo confianza en tí, te conozco demasiado; la firmeza de tu carácter es infinita: te se puede revelar un secreto; pero no le conocerás más que en parte.

Yo miré con extrañeza á De Armagnac.

—¿Un secreto?—le dije.

—Sí, se trata de una sociedad misteriosa, á la que tiene que presentarse una alta dama; esa alta dama no puede permanecer sola entre nosotros: tú la conocerás.

—¿Y qué dama es esa?—le pregunté.

—María Luisa de Borbon, princesa de Astúrias,—me respondió.

—¿Princesa de Astúrias!—dije, no comprendiendo bien.

—Sí,—me dijo De Armagnac:—en España el heredero de la corona se llama principe de Astúrias; esa señora de que te he hablado, es la esposa del principe.

—¡Ah! ¡Una tal dama!—exclamé.—¡Una princesa que será altiva, orgullosa!

—No tiene por qué ser soberbia respecto á tí: